

# Héroes, Viajeros, Dioses y Reyes

Enrique Toro Santiago

## HEROES, VIAJEROS DIOSES Y REYES

*Desafiaron el telar de las Parcas y sus hazañas les  
valieron el vivir en la memoria de los hombres venideros.*



*Enrique Toro*

# Capítulo 1

## **Héroes, Viajeros, Dioses y Reyes**

### **I MACEDONIA**

#### **Proemio**

Sois como niños que, con los ojos bien abiertos, os arremolináis alrededor del hogar. Ávidos de historias sobre aquellos que una vez ocuparon la tierra que ahora pisáis. De los que fundaron las ciudades que habitáis, que levantaron las murallas, los templos, los palacios y los puertos. Hombres tan formidables, varones de linaje divino, campesinos guerreros, reyes pastores.

Hoy me preguntáis por los hijos de la Acaya, los que se unieron al Argo y, surcando mares ignotos, se enfrentaron a múltiples peligros en pos de la áurea piel de un carnero. Eran tiempos en que dioses y demonios caminaban entre los hombres mortales, y las ninfas salían de sus grutas a cantar a los héroes.

Etálides me llamaban, cuando me uní a los caudillos minias en calidad de heraldo, y supe de todos ellos, pues a todos interrogué y todo lo retengo en mi cabeza, regalo del padre Hermes. Allí conocí a los adalides de Pelene, y con ellos conviví. Asterio, vigoroso y de ánimo leonino, y Anfión, de muy veloz pensamiento e ideas sagaces, ambos arrojados, ambos decididos. Eran hermanos solo de adopción, ya que Anfión, dejando su casa y su familia siendo un muchacho, viajó hasta aquí, donde el magnánimo Hiperasio lo adoptó como suyo. Así lo escuché de su boca en el sagrado bosque de Dodona, interesándome yo por su procedencia.

## Capítulo 2

### I

#### Los Comedores de Anguilas

Muy lejos, al norte existe un río negro y profundo al que llaman Drilón. Este fluye a través de muchas naciones, pero sus aguas proceden en el inicio del gran lago, donde habitan los enqueleos, Comedores de Anguilas. En sus orillas se levanta la reluciente Licnido, soberbia urbe de hermosos edificios e imponente fortaleza. Allí me crio mi padre, el héroe Clito, donde gobernaba con equidad, y mi venerada madre, Brisa, de la estirpe de Cadmo, constructor de ciudades. Ellos me llamaron Hijo del Río porque fue junto a su cauce donde fui engendrado.

En aquellos días felices, nuestros barcos regresaban a puerto preñados de pescado, bueyes de altiva testuz pacían en las faldas de las montañas de abundante caza, y la bien labrada llanura nos proveía de los frutos de la tierra.

No éramos diestros artesanos; pero con la estación vernal llegaban las caravanas de comerciantes desde la lejana Hélade y Atenas, cargadas de ánforas de vino y miel, copas, cráteras y trípodes ornamentados, armas de bronce, herramientas y bisutería.

En oposición a los ilirios, aquellos eran varones de gentiles maneras, vestían exquisitas túnicas de fino lino y mantos de felpa bordados con florituras. Peinaban sus luengas barbas y cabelleras; y cuando hablaban, lo hacían con elegancia, otorgando a las palabras armonía y ritmo. A mí me complacía más que nada escucharlos contando historias en las que no faltaban héroes, viajeros, dioses y reyes en sus excelsos palacios.

De esta suerte crecía ufano y orgulloso de mi raza y de mi estirpe. Sin embargo, aquella prosperidad excitaba la envidia de otras naciones, y celos y conspiraciones se cernían sobre mi casa y mi familia.

Nuestras fronteras eran de continuo amenazadas; y mi padre, el rey, cada vez con más frecuencia, se vestía para defenderlas. Hasta que, en una refriega, recibió en el pecho un proyectil, escapándosele la vida sin

remedio. Y una profunda tristeza se apoderó de la tierra enquelea.

Empero, en este asunto, te ruego que no me interrogues más, amigo; pues el dolor me arrebató el aliento, el alma se enferma y se extingue lo animoso de mi oratoria.

En la misma mañana de saberse la amarga noticia, los hijos de Dasaro se hicieron con el poder de la ciudad, ocuparon las calles y reclamaron el trono para Emoís, arrogante primo de mi madre. La reina, concedora del peligro, traspuso el umbral de mi cámara en la noche postrera.

—Madre mía veneranda, ¿cuál es el objeto de tu visita? —le pregunté así que la vi por la puerta.

—El de preservarte de todo mal, como siempre ha sido y será.

—No comprendo, ¿viniste a anunciarme alguna cosa? Si es acerca de los dasaretas, no tengas cuidado, ya de todo me voy enterando. Mas si es alguna otra calamidad...

—No, es buena la nueva que traigo.

—¿Y cuál es? Refiéremela.

—Siempre has insistido en acompañarme a la plaza a tratar con los comerciantes helenos porque te deleitas en escuchar los relatos que salen de sus labios. Pues bien, partirás mañana con ellos.

—¿Partir? ¿Adónde?

—A la divina Hélade, a ver con tus ojos todas esas maravillas.

Al punto, el corazón se me paró en el pecho y necesité un momento antes de replicarle:

—Pero ¿cómo penetró en tu mente semejante idea? Emoís usurpa Licnido, y tú...

—Emoís nunca llegará a ser el prudente caudillo que tu padre ha sido. No obstante, goza de la aceptación de las tribus y cumplirá su función. En cuanto a mí, nuestras leyes le exigen honrarme, y no se avendrá a quebrantarlas. Por el contrario, tú, hijo mío, eres una amenaza, alguien que un día podría reclamarle lo que ahora considera suyo; y si aquí permanecieras, temo que tu vida sea corta.

Esto diciendo, soltóse el argénteo broche del muy hermoso collar que

sobre su cuello colgaba.

—Toma. Es el collar de Harmonía, entrégalo a sus herederos en la antigua ciudad de Cadmea, y luego apela a tu parentesco a fin de que te acojan.

—Madre mía...

—No me interrumpas —me amonestó—. Llévalo siempre oculto contigo y no lo comentes a nadie, no sea que despiertes la codicia de aquellos que te oigan y te ocasione algún infortunio.

Se quedó en silencio un instante, acariciándome los cabellos, pareciéndome a mí que iba a dejarse llevar por el llanto. No lo hizo.

—Mas ¿por qué te doy estos consejos? —dijo para sí misma—. Las deidades te han otorgado muchos dones. Ante todo, será por lo fecundo de tu ingenio, valor y prudencia por lo que te conocerán los hombres, y los bienaventurados dioses por aquello que tu padre te decía. ¿Lo recuerdas? —preguntó cogiéndome de las manos con ternura.

Los sollozos reprimieron mi voz, ella me abrazó, se dio la vuelta y su figura se fundió con la penumbra de los pasillos de palacio. Nunca quiso que la vieran llorar.

—Dignidad, sabiduría y justicia —le respondí, pero ya no me escuchaba.

No bien rayó la luz de la aurora, salté del lecho, cargué con mis más preciadas posesiones y me dirigí a la calzada, donde se reunían los mercaderes atenienses con motivo de organizar la partida.

Me hallaba en el lance de subirme al primer carro, cuando un varón corpulento se me puso delante bloqueándome el paso.

—Tú viajarás en el último —me espetó, adusto, señalando el final de la caravana.

—¿En el transporte del pescado? —me sorprendí—. Dispense, ¿no le notificó mi madre de mí? ¿Sabe quién soy?

—Alguien que precisa salir de la ciudad.

Ese fue el término de la conversación. El hombre se aplicó en asegurar el cargamento, ignorando mi presencia.

Encaminé mis pisadas hacia el vehículo indicado, donde me esperaba un viejo mercader, que al verme descargó un par de sacos del vagón y me mostró una estrecha apertura entre los fardos de pescado provenientes de los saladeros del lago.

—¿Tengo que meterme ahí? —le interrogué. Él se encogió de hombros y se dio la vuelta a lo suyo.

Entré por el hueco y procuré acomodarme. No lo conseguí. El olor intenso a salado me oprimía la nariz, y me habían privado de toda visión al volver a cargar los sacos en la apertura.

En tanto, el corazón me ladraba en el pecho, y cavilaba si apearme de aquel maloliente vagón. Sentí que se movía, y resolví esperar hasta llegar a las puertas, con el propósito de exhortar a los guardias a que mediaran por el bienestar de su señor.

¡Cuán errado me hallaba! Justo antes de detenernos, los escuché dándonos el alto:

—No se puede abandonar Licnido sin un permiso.

—Os reconozco —resonó la voz del comerciante que me había exiliado al reino de las salobres anguilas—. ¿No oficiabais ayer en el mercado? Además, la noche anterior nos saludamos en palacio cuando acudí a solicitar el salvoconducto de nuestra partida. ¡En verdad que son infatigables los que velan y protegen a los habitantes de esta ilustre ciudad!

—Este visado ya no es válido, debéis renovarlo con el sello del nuevo gobernador —le respondió el soldado—. Ciertamente es que las tareas se han acrecentado desde la muerte del soberano Clito. No he yacido con mi mujer, ni besado a mis hijos en días.

—Lo dices para quien lo entiende —se lamentó el comerciante—. Nadie debería mantenerse apartado de su familia más allá de lo que es lícito y razonable. Este cambio está causando inconvenientes a todos. Dentro de dos lunas zarparán las naves que nos han de llevar junto a los nuestros; si no las alcanzamos a tiempo, temo que tendremos que pasar el invierno en Iliria.

—Está bien, podréis salir previo registro de las carretas.

—No nos oponemos a ello —se apresuró a contestar el comerciante—.

Estas tres transportan pieles; y aquella de allí, pescado salado.

—¿Tan solo pescado?

—Cierto, nada más que pescado. ¡Oh! Y de esta primera no os he informado, aquí cargamos con nuestras pertenencias, víveres y enseres para la jornada. El ánfora que aquí veis contiene vino de Pramnio, el mejor que puedas saborear. Cinco medidas obtuvimos de la más afamada bodega de Atenas. Cuatro las vendimos ya a la reina de los epeos. Ella las compró con el deseo de agasajar a los nobles convidados a los festines de su mansión. Esta te la ofrecemos a ti, pues sería una lástima que se echara a perder en el regreso.

»Tomad, bebedlo con moderación y el peso de vuestra labor se tornará más liviano.

Se oyó el sonido de los portalones al abrirse y a los conductores comenzando a azuzar a los animales. La caravana volvió a moverse.

—Que los dioses te protejan en tu retorno al hogar, viajero —agradeció el soldado.

—Y a ti te otorguen aquello que tanto anhelas, guardián de la ciudad.

## Capítulo 3

### II

#### Agua sagrada

No tardó mucho en detenerse la caravana; y descargando las talegas que habían burlado a los guardias, me invitaron a descender. Nos hallábamos a corta distancia de la ciudad, tras una eminencia en la llanura, donde los carros quedarían ocultos.

Allí todos se apearon; formando un círculo, sentáronse alrededor del que llamaban Falero, aquel que en las puertas de la muralla había parlamentado. Deliberaban acerca del camino por seguir, y él les exponía lo que en su mente meditaba:

—Linkesta sigue bajo el dominio de los enqueleos. Si conseguimos alcanzarla, podemos continuar desde allí hacia Orico, donde hacen aguada nuestros barcos.

Así les habló. Y un conductor procedente de una urbe colindante, de seguida le respondió:

—Esa ruta ya no es segura. Multitud de dasaretas se desplazan en masa hacia Licnido, su nuevo centro de poder. Y se han visto briges aventurándose cerca del lago.

—No tenemos más opción —le contestó Falero—. En breve, otras tribus se servirán de la revuelta para ganar territorio o hacer rapiña.

—Rodeemos el lago por el norte —les interrumpí yo sin que nadie me autorizara.

Los mercaderes, que hasta ese momento me habían ignorado, tornaron severas sus miradas, y Falero me replicó con estas palabras:

—Escúchame, muchacho. Numerosos son los torrentes que vierten sus aguas en esta dilatada laguna. Aunque pudiéramos cruzarlos todos, ¿cómo



íbamos a salvar las negras aguas del Ilírico?

—Remontando el curso del Drilón, ese que tú llamas Ilírico, a unos pocos estadios hay barqueros que se ganan el sustento trasladando viajeros de una orilla a otra. Algunos poseen enormes balsas, capaces de transportar un carro entero con sus animales.

—¿Qué hay de los otros ríos? —me inquirió.

—Aún no han llegado las lluvias, sus cauces vienen mansos. Yo os puedo indicar el mejor modo de vadearlos.

Falero quedose pensativo sin desviarme la mirada. El resto de los conductores se habían ido desplazando por detrás, interesados en escuchar mejor la discusión. Ahora el círculo se cerraba alrededor de nosotros dos.

—Observa sus rostros, muchacho —dijo refiriéndose a ellos—. Yo arrastré a estos hombres hasta este remoto lugar, y por los dioses que los he de retornar salvos a sus hogares. Solo hay una forma de llevar a término lo que propones, esta es que te sientes ahí conmigo y nos guíes. Si en verdad conoces el camino, estaremos en deuda contigo; pero si hablaste por vanidad y pones en peligro a mis hermanos, yo mismo te arrancaré el alma. Asiente si comprendes lo que te digo.

Hice lo que me pidió, me acerqué a ellos contemplando sus semblantes. Vi que me observaban deseosos de ser convencidos, de ser salvados. Les agradecí que me sacaran de la ciudad y les dije que los alejaría del peligro. Por la panoplia de mi padre, por mis antepasados lo juré. Todos ellos me tocaron el hombro, en señal de aceptación de la jura, y corrieron a los carros dando potentes gritos al dar Falero la orden de partir. Yo me senté junto a él, en el banco del primer carro, y la caravana inició la marcha.

—¿Adónde? —me interrogó parco.

—Debemos dar la vuelta y rodear Licnido sin ser advertidos.

—¿Cómo vamos a hacer tal cosa? —volvió a interpelarme.

—Mi nombre es Hijo del Río —repuse molesto—. Hay una senda para el pastoreo en el pliegue de la montaña, la seguiremos y nos dejará al otro lado de la llanura.

Él tiró de un costado la rienda, forzando al carro virar hacia poniente, y levantó el brazo para que todos le siguieran. Falero, aun siendo joven varón, tenía un carácter huraño y desconfiado. Frunció el ceño cuando alcanzamos un torrente de ancho curso, en el regazo de una inclinada

ladera.

Salté del carro y penetré en el agua. Esta me cubría por encima de las rodillas.

—Es un cauce de escaso calado —dije alzando la voz.

Los hombres me observaban; empero, ninguno se aventuraba a seguirme. Di media vuelta y comencé a vadear hacia la otra orilla. El agua bajaba deprisa, formando espuma en mis muslos, mas no lograba impedirme avanzar. Salí del río al camino y miré hacia atrás con los brazos extendidos, dando a entender que no había peligro alguno. Sin embargo, ellos gritaban y hacían señas al cielo.

Alcé la vista, y vi caer por el barranco una trompa de piedras, con gran celeridad. Me precipité de un salto al río, justo en el momento en que se estrellaban en el espacio donde me había encontrado hacía unos instantes.

Me quedé sentado en el agua, tratando de comprender lo que había sucedido. Podía oír las voces de los mercaderes, exhortándome a que no continuara. Pero yo me levanté y me dispuse a salir del río por el mismo sitio. Fue pisar la orilla y la lluvia de piedras se reanudó, descendí de nuevo al cauce y cesaron de caer. Esta vez me di la vuelta y regresé donde aguardaban mis compañeros. Me detuve frente a ellos y les pedí un recipiente.

—Dadle un caldero —ordenó Falero sin dejar de mirarme. Volví a cruzar el río hacia la orilla opuesta; antes de abandonarlo, llené el caldero de agua, y con él en la cabeza salí. Esta vez ninguna piedra cayó. Los comerciantes atenienses me contemplaban pasmados. Torné al río y enderecé mis pasos junto a ellos.

—Son pastores de las cumbres —les dije—. Acaso tienen mandato de no dejar pasar a nadie, o sienten temor y defienden su territorio de los foráneos arrojando rocas desde el desfiladero.

—¿Y el recipiente?

—Este río es sagrado para ellos, no tirarán nada a sus aguas.

—Sacad más ollas, calderas, copas, cráteras. Todo aquello que pueda llenarse, y ponedlas sobre los carros y los animales —comandó Falero.

Vadeamos la corriente cargados de agua sagrada, sin ser molestados por los pastores. Y no vaciamos los recipientes, por temor a las piedras. Seguimos la senda sin dejar la falda de la montaña hacia el norte. Si bien una vía lenta y difícil, era esta menos transitada que las carreteras de la

Ilanura.

## Capítulo 4

### III

#### Baba

Tras el lance del río, mi compañero de banco relajó el ceño, habló, y su verbo tornose amable:

—Eres un muchacho sagaz. ¿Seguro que tu linaje no procede de la ínclita Atenas?

—Seguro —respondí—. Yo desciendo de Cadmo, fundador de ciudades.

—¿Y cómo es que hasta aquí se llegó ese varón tan celebrado?

—¿No conoces la historia?

—Nunca contada por boca de un ilirio. Y es bien sabido que el son con que los pueblos recitan las gestas de sus antiguos difieren unos de otros. Pues otorgan más relevancia a aquello que les concierne y obvian lo que no les es de interés alguno. Ea, refiéremela como tú la aprendiste, si tu ánimo te incita a ello.

Así dijo, y este es el relato que yo le di por respuesta:

—Hubo un tiempo en que la amarga guerra abrió su boca inmensa en esta tierra, y una era de barbarie y destrucción se inició. En un principio, los ejércitos se abatían en el campo de Ares. Mas luego, comenzaron a quemar las aldeas y a inmolar a sus habitantes. Los cadáveres se pudrían en los caminos o flotaban en el lago como troncos caídos, envenenando las aguas. Los que sobrevivían no tenían mejor suerte, pues eran golpeados por horrendas enfermedades, y el hambre y la miseria los empujaban a cometer actos aborrecibles.

»La cólera de los hombres parecía no tener fin, ninguna tribu conseguía imponerse a las demás, y la contienda continuaba. Desesperados, los Comedores de Anguilas miraron hacia sus dioses; y como quiera que los oráculos no les dieran clara respuesta, preguntaron al roble sagrado de la lejana Dodona. Este se pronunció, profetizando la victoria para ellos si el

rey de Tebas Cadmea los guiaba a la batalla.

»Enseguida, se despacharon emisarios y le ofrecieron a Cadmo el cetro del pueblo, bajo el juramento de cumplir lo que se había predicho. Él, en su pródiga generosidad, accedió a acometer la empresa. Cedió a sus descendientes la regencia de la ilustre Tebas, y se estableció aquí junto con Harmonía, su consorte divina.

»Cadmo trajo la paz a las tribus ilirias, fundó hermosas ciudades; y al final de sus días, engendró un hijo que estaría destinado a gobernarnos a todos. Ilirio le llamaron, y de él tomaron su nombre las tribus de este lugar.

Llegamos al curso de lo que de antiguo había sido un arroyo, y que ahora no había más que fango y un reseco cañizal. Nos disponíamos a cruzarlo, cuando hubo algo que llamó nuestra atención. Una anciana estaba arrodillada en medio del lecho, tenía las manos en la cabeza y oraba con voz quejumbrosa. Salté del carro antes de que este se detuviera acercándome hasta la mujer.

—¿Necesitas ayuda, venerable madre? —le pregunté en lengua ilírica.

Falero apostó una copa con agua entre sus arrugadas manos y sus párpados se abrieron, pareciéndome a mí que aquellos ojos grises me golpeaban el alma. Acto seguido, bebió con avidez y me habló.

—Es una sacerdotisa de la antigua religión —expliqué a los atenienses—. Se hace llamar Baba, y dice que al secarse el arroyo suplicó a la Gran Madre. Ella atendió su ruego prometiéndole que enviaría al hijo del río, y este le traería tanta agua como pudiera necesitar hasta que regresaran las lluvias.

—Bien —dijo Falero—, cumplamos la voluntad de los dioses. Es innegable que somos instrumento de sus propósitos.

Vertimos los recipientes en la cisterna colindante a la choza de la anciana, aquellos que habíamos transportado desde el río sagrado, evitando así que cayeran piedras sobre nuestras cabezas. Ella, llena de gratitud, nos frotaba el cuerpo con los flecos de su báculo fetiche, al tiempo que recitaba encantamientos a fin de procurarnos buena fortuna.

Mas cuando se acercó a Falero, cayó la bruja de rodillas con las manos alzadas y su gris cabellera cubriéndole el marchitado rostro. Entonces de su boca salió una voz profunda y potente, en nada semejante a la de una mujer de avanzada edad.

—¿Qué está diciendo? —se interesó Falero.

—Quiere saber por qué reniegas del legado de tu padre.

Él no contestó. Era evidente que las palabras de Baba no le eran ignotas, pues la observaba con temeroso respeto, y no se atrevió a moverse.

—Profetiza que muy pronto hallarás a una deidad caída, y que solo tú puedes volver a levantar, solo tú, la gloria de tu padre y su legado.

La anciana Baba quedó tendida en el suelo, exhausta por el esfuerzo. La recogí con mis brazos, apenas se adivinaba carne entre su piel y sus huesos, y la llevé al interior de la cabaña.

—¿Qué es esa angustia que percibo en tu pecho? —me preguntó al posarla sobre su lecho de lanas.

—Es por mi madre querida. Ella me exhortó a exiliarme y yo deseo obedecerla, empero ¿por qué me es tan penosa la tarea?

—¿Por qué un árbol no puede volar, por muy altas que sus ramas alcance?

—Por sus raíces —le respondí tras pensarlo un instante—. ¿Y qué puedo hacer?

—Ve, busca los túmulos bajo los manzanos, haz sacrificios propiciatorios y escucha a tus raíces. Apresúrate, antes de que la lóbrega noche pinte de oscuridad los caminos.

## Capítulo 5

### IV

#### La caída del dios

Siguiendo la serranía, dejando atrás la ciudad y el lago, hay un punto en que la montaña se abre y el agua se estanca. Allí nos adentramos, virando hacia poniente, buscando la senda que nos permitiera alcanzar la gran llanura que atraviesa el Drilón. Al pasar junto al abrevadero de Mediodía, aquel que los pastores con sus rebaños frecuentan, se nos presentó a los ojos una perturbadora visión.

Había como unas cincuenta almas, entre hombres, mujeres y niños, y todas gemían con lastimoso vocerío. Ellas lloraban arrodilladas en el suelo, mesándose los cabellos y cubriéndolos de arena. Los varones miraban al cielo alzando los brazos, implorando auxilio. Falero tiró fuerte de las correas y, apeándose del banco, se dirigió al anciano al que todos rodeaban.

—¿Quién eres? ¿Cuál es el motivo de la desgracia de esta gente?

—Mi nombre es Parisades, y acaudillo al pueblo que ves. Esta mañana abandonamos nuestras moradas a causa de piratas briges que vienen remontando el río negro, asaltando las aldeas que encuentran a su paso.

—Hordas que aprovechan el abandono de las fronteras para hacer pillaje —le interrumpió Falero lamentándose.

—Viajábamos con nuestras pertenencias y animales —continuó Parisades—. De improviso, a aquel carro de allí se le desprendió una rueda, soltándose «el dios de nuestros padres» de la carga, y cayendo en una profunda sima, de la que no hemos podido recuperarlo.

—¿El dios de vuestros padres? —repetí yo intrigado.

—Es el genio protector de algunas tribus, el penate en forma de efigie que veneran y llevan siempre con ellos —explicó mi compañero de banco.

—Hablas con propiedad —afirmó Parisades—. Somos tracios que años ha emigramos a esta tierra. Y con nosotros viajó la talla que los antepasados nos confiaron. La pérdida de esta supone una fatalidad para todo el clan y

augura calamidades.

Nos acercamos al lugar donde había sucedido la caída. La grieta era profunda, mas no en exceso. Por contra, tan estrecha y escarpada que ni un niño hubiera conseguido penetrarla. Al fondo, se apreciaba el icono, alojado entre sus empinadas paredes. Era un tronco de labra sencilla y escaso tamaño, algo más de un codo.

Falero daba vueltas alrededor, observando, estudiando la abertura desde ambos lados. Impertérrito, levantó la vista hacia nosotros:

—Ítaco, trae el arco de Alcón e hilo cretense.

Cuando el mercader regresó con el encargo, todos quedamos mudos de admiración al contemplar el arco que portaba. Pues por su aspecto no estaba destinado a abatir a las bestias, sino a la raza de los hombres. Era grande, soberbio, y había sido ensamblado sobre las astas de algún majestuoso animal. La empuñadura era de plata y marfil con un relieve de hermosa labra. Allí se distinguía a un arquero abatiendo a flechazos a una gran sierpe que acechaba el cuerpo de un niño con la intención de devorarlo. Era un arma terrible que infundía temor solo de observarla. La aljaba, de cuero y oro, transportaba grandes dardos con las puntas barbadadas de brillante bronce. Me estremecí al pensar en los estragos que podían causar aquellos formidables proyectiles.

Falero extendió el hilo en el suelo alrededor de la grieta, atando un extremo en la caña de una flecha y el otro en un arbusto que allí crecía. Tras hacer todo esto, armó el arco y se arrodilló delante de la apertura. El arquero cargó el dardo en el que había sujetado el hilo, y los músculos de sus brazos poderosos comenzaron a hincharse a medida que tensaba la cuerda, pero su pulso no tembló. Se había creado un expectante silencio, tracios y atenienses presenciaban el lance conteniendo la respiración.

La flecha salió disparada precipitándose a lo profundo, arrastrando el hilo tras de sí. De la gruta salió un silbo, seguido de un seco crujir. Ansiosos nos asomamos, y al fondo distinguimos el astil de la saeta certera con la broncea punta clavada en la base de la escultura.

Gritos de júbilo salieron de todas las bocas. El hilo cretense hizo fama a su nombre y no se rompió al tirar de él, sacando a la luz el penate de los tracios parisadios. Falero lo tomó y probó de arrancarle la flecha, pero esta se quebró, quedando el agujijón alojado en su pedestal. Aun así, daban saltos de alegría, instándole a que de esta manera lo restituyera:

—Esa punta es ahora parte del dios, parte de su historia, de la tuya y de la nuestra.



—Sea —asintió el arquero entregándole la talla.

—Amigos, la oscuridad se acerca —observó el patriarca tracio—, y los hombres y las bestias deben ceder al reposo, tal como dictan las leyes divinas. Acampemos aquí esta noche, compartiremos de buen grado viandas y canciones con vosotros.

—Ilustre Parisades —le respondió Falero—, los caminos están desprotegidos desde que el soberano de Enquele descendiera a la casa de Hades. Por fortuna, viaja con nosotros este joven guía, gran conocedor de estos parajes, que, sin duda, sabrá indicarnos un sitio mejor donde levantar campamento.

Falero omitió mi regio origen movido a protegerme. Si bien era un varón de agudo ingenio, y empleaba ese don para velar por los suyos, recurría a la sorna en su empeño de encubrir sus nobles acciones. Empero yo también gustaba de usar esos artificios, aunque aún me hallaba lejos de poseer su sagaz elocuencia.

—En efecto, mi señor. Sé de un lugar cercano, tranquilo y recogido. Con agua y pasto en abundancia, oculto a los caminantes nocturnos.

—¿Y es un lugar... seguro?

—Por supuesto, el más seguro de toda Iliria, me atrevería a afirmar.

El taimado mercader ateniense no me desviaba la vista, meditando en su ánimo si me estaba mofando de él.

—¡Espléndido! —exclamó Parisades, interrumpiendo su cavilación—. Avisaré a los míos y nos pondremos en marcha de seguida.

## Capítulo 6

### V

#### La vereda de Agrón

La caravana, ahora más numerosa, emprendió el trayecto hacia el final de la garganta. Atrás quedaban las montañas y comenzaba la gran llanura del Drilón. A su entrada crecía un bosquecillo de álamos negros, y en el fondo un gran claro, donde nos dirigimos hasta alcanzar unos muros sin argamasa que allí se levantaban.

—Hemos llegado —anuncié a Falero.

Este detuvo el avance del carro y ambos saltamos a tierra.

—¿Qué lugar es este? —me interrogó dispensando miradas en derredor.

—Contempla aquella gran losa, amigo —le indiqué con el dedo, orgulloso—. Ahí descansa Ilirio, hijo de Cadmo y Harmonía, y allí sus descendientes, caudillos todos de las tribus: Enqueleo, Autario, Dárdano, Medo, Taulante, Perrebo, Daorto, Dasaro...

—¿Una necrópolis? —me interrumpió—. ¿Nos has conducido a una necrópolis con la pretensión de pasar la noche?

—¡No es solo una necrópolis! Es el panteón de los patriarcas, el sepulcro más sagrado de toda Iliria, y, por tanto, seguro. Tranquilo y seguro, esa es la palabra que di.

Él se quedó en silencio, como de costumbre, observándome, impávido y sin saber qué decir. Yo esperaba que, en un momento, fuese a estallar en una prédica de desprecios y baldones, pero no lo hizo, sino que dejó escapar de su pecho una carcajada, me dio un manotazo en la espalda, y exclamó:

—¡Muchacho!, ¿seguro que nadie de tu linaje fue engendrado en Atenas?

Con la alegría en el semblante, tornó su atención al resto de la expedición, y se dispuso a dar órdenes y organizar el campamento. Yo, por mi parte, me encaminé hacia el interior de la necrópolis. En un momento todos los hombres estarían atareados, y mi ausencia no sería advertida. Seguí la vereda que llevaba hasta el altar, atravesando un jardín de manzanos. Allí eran depositadas las ofrendas, y Agrón, el sacerdote del lugar, practicaba religiosos ritos. Estaba oscuro, pese a ello, vislumbré su figura arrodillada en silencio frente a las aras.

—Vivimos días extraños —habló en voz alta sin alzar la cabeza—. El Hijo del Río renuncia a los lujosos salones para merodear en la oscuridad, entre estos túmulos enmohecidos.

—Te pido perdón si mi presencia te incomoda, sacerdote, pero la necesidad me apremia y acudo a ti en busca de respuestas.

—Me figuro a lo que viniste.

—¿Debo abandonar mi tierra patria, cuando más de mí precisa?

—Lo que esta tierra precisa es un héroe, y tú eres un niño que juega a serlo —me replicó.

—Entonces, ¿por qué los espíritus disienten de mi partida?

—No es en tu partida en lo que disienten, sino en tus motivaciones.

—¿Y qué se supone...? —intenté decir, y él no me dejó terminar.

—No más preguntas, Hijo del Río. Ahora responde tú, ¿qué te impulsa a ir al destierro?

—Es lo que mi madre me ordenó —afirmé.

—No, háblame de lo que tú sientes. Busca en el fondo de tu corazón.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Inspiré y sentí las palabras salir de mi boca, antes siquiera de advertir que habían discurrido por mis pensamientos.

—Con el fin de convertirme en el líder que se exige de mí.

Agrón levantó la vista del altar por vez primera, y yo pude apreciar su apariencia a través de la luz de la sagrada pira. Era un anciano de mirada serena, y los surcos de su rostro me decían que había vivido mucho.

—Ese es un largo viaje, lleno de pruebas y sacrificios.

—Estoy dispuesto a seguirlo —dije con firmeza.

El sacerdote volvió a postrarse sobre las aras, enmudeciendo un instante antes de contestar:

—Márchate ahora, debo realizar rituales que no te está permitido contemplar. Vuelve al amanecer, tendrás las respuestas que deseas.

Para cuando regresé al campamento, estaban ya todos alrededor de las hogueras entregados al banquete. Había carne trinchada en espetones, y canastillas de pan e higos secos pasaban de mano en mano en agradable concordia. Los jóvenes escanciaban vino a los mayores, mientras estos entonaban alegres peanes al ritmo de flautas y siringas. Falero me invitó a tomar asiento junto a él, y me sirvió una porción de carne y una copa de vino en una bandeja.

—¿Por qué razón te ausentaste? ¿Hay algo que deba saber?

—Fui a honrar a mis antepasados. —Aquello le debió de parecer suficiente respuesta, y no preguntó nada más.

## Capítulo 7

### VI

#### La travesía de Orión

Parisades se hallaba rodeado de un grupo de chiquillos. En él había un hombre alegre y pacífico que gozaba de la dicha de su pueblo. Los niños suplicaban algo al anciano, hablando a un tiempo y repitiendo incesantemente la misma cantinela. Al fin, el magnánimo caudillo se dejó persuadir, y los intentaba acallar, moviendo los brazos de arriba abajo con las palmas de las manos extendidas.

—¡Orión! ¡Qué extraordinario cazador! —suspiró Parisades imitando a un arquero al disparar.

—¡Oh! —le corearon los niños.

—Y qué bello varón —dijo irguiendo las espaldas orgulloso.

—¡Ah! —gritaron de nuevo simulando sorpresa.

—Tenía la estatura de un gigante... —continuó el anciano mudando a una pose temible.

—¡Uh! —Sus oyentes ahora mostraban aversión.

—...Y de un dios la figura —terminó la frase simulando con su voz y su cuerpo a un ser celestial.

—¡Oh! —volvieron a corear los niños cambiando de nuevo al tono de admiración.

—Cegado a traición mientras dormía, pues nadie hubiera tenido la audacia de herirlo estando despierto, llegó a la isla del artífice Hefesto. Él, que más que ninguno, había beneficiado a la raza de los hombres, exterminando de sus campos alimañas y fieras. Ahora bien, lo que sus pérfidos agresores desconocían es que la esencia divina no puede ser

destruida, y divino era de Orión su linaje.

»Hefesto, al verlo, se compadeció en gran medida de su desgracia, al igual que todos los obreros que con él laboraban: herreros, aprendices y sirvientes, hasta a los descomunales cíclopes se les turbaba el alma al contemplarlo. Pero el que más se conmovió fue un maestro armero que en la corte habitaba, pequeño, aunque valiente y de piadosa naturaleza.

»Los profetas de la isla anunciaron que el único que podía restituir la luz a los ojos del cazador era el brillante Helios. Un dios omnipotente que vivía apartado, lejos de los demás inmortales. Orión, siguiendo el calor del sol, enderezó sus pasos hacia la playa.

»—¿Cómo alcanzar tan remoto lugar, solo y careciendo de la vista? —se lamentaba el desdichado.

»El maestro armero, que por allí pasaba, acertó a oírlo y apiadándose de este modo se ofrendó:

»—Yo te acompañaré, gran Orión. Seré tu asistente si mi señor lo permite.

El centelleo de las llamas de la hoguera acentuaba el dramatismo y el halo de misterio con el que Parisades contaba su relato, adornándolo con todo tipo de muecas y gestos. Había comenzado a poner voces a los personajes, lo que hacía que los niños quedaran aún más fascinados.

—El dios del fuego, feliz de que existiera una cura para su amigo, aprobó gozoso la alianza. Mandó construir un dorado navío, y en él embarcó a Orión y al pequeño armero, al que se nombró con el epíteto de Cedalión, el cuidador de marineros.

»Bordeando las costas de Tracia, se adentraron en el ponto inhóspito, fondearon en sus agrestes puertos y conocieron asombrosas naciones.

»Un día, cansados y acuciados por el hambre, pasaron junto al estuario del Termodonte y quisieron desembarcar. Pero un grupo de amazonas, armadas con peltas y jabalinas, les salieron al paso impidiéndoles el amarre. Maravilladas al ver a un gigante y un enano navegando juntos en una barca de oro, les preguntaron quiénes eran y adónde se dirigían. El ingenioso Cedalión, buscando una forma de aplacarlas, les respondió con un ardid:

»—Que la prosperidad visite a diario vuestra morada, nobles señoras. Somos presos que conseguimos escapar de los infiernos a través de la laguna Aquerusia, donde los pérfidos olímpicos nos encerraron, a nosotros

que descendemos de la gloriosa raza de los titanes.

»—¿Y cuál fue vuestra falta? —se oyó decir desde la orilla.

»—Tenemos la desgracia de engendrar hijos magníficos —contestó el enano.

»Las amazonas dejaron escapar risas de su boca, y la que portaba los emblemas lo despreció con estas injuriosas palabras:

»—Es harto improbable que algo extraordinario pueda descender de un ser tan insignificante como tú.

El anciano interrumpió por un momento su narrar. Levantó el dedo índice mirando a los niños y, con tono paternal, les instruyó rectos principios:

—Recordad, hijos míos, que usar la crueldad con alguien, sin tener que reprocharle sino su deformidad, no es justo ni piadoso.

Tras haberlo repetido todos y cada uno de ellos, retomó él la historia en el punto donde la había dejado:

»—Las parcas, que reparten dones y desgracias por igual —se lamentaba Cedalión—, a mí me maldijeron de la siguiente manera: todos mis vástagos triplican en poder, fuerza y vigor a la madre que los alumbró.

»—Eso, a mi parecer, es una bendición, hombrecito —repusieron ellas.

»—No para aquellos que ahora gobiernan los altos cielos —replicó él—. Ellos me encerraron por temor a que entablara matrimonio con deidades poderosas, y con ellas procrear una raza superior que los destronara.

»Es bien sabido que en el carácter de una amazona hay dos condiciones que prevalecen por encima de todas las cosas: la primera es su inclinación en desconfiar de los varones; la segunda, el anhelo de concebir hijas excelentes que perpetúen su nación.

»Ambos pareceres habían entrado en pugna en los corazones de aquellas guerreras, y se miraban indecisas unas a otras. Mas Cedalión no les daba tregua y continuaba extendiendo su farsa:

»—Un día advertí que los carceleros se aplicaban en atormentar a otro preso, alto como un ciprés, al cual habían cegado a fuego. Cuando me acerqué para observarlo mejor, el corazón me dio un vuelco al reconocer a mi hijo querido, encadenado en el Tártaro por tener la desgracia de haber nacido de mí. Ahora ambos hemos escapado de aquel suplicio. Permitidnos, os lo ruego, descender a tierra para que podamos llenar nuestros odres, tomemos algún alimento y descansenos de los trabajos

de la mar por un instante.

»En ese punto, las belicosas amazonas, creyendo que aquella historia era veraz, cedieron a las súplicas del ladino marinero. Admiradas por la figura de Orión, fueron conducidos a Temiscira, su ciudad, donde la reina Marpesia los recibió con las más exquisitas atenciones: bañándolos en aguas perfumadas, vistiéndolos con delicados mantos, entregándolos a los festines y al placer. Todas las noches afectuosas mujeres visitaban sus alcobas con la esperanza de ser fecundadas y engendrar poderosas guerreras.

—Habéis de saber, niños —Parisades volvió a detener la narración para introducir una de sus lecciones—, que la vida ociosa y placentera en exceso hastía y agobia el espíritu.

»Marpesia los consideraba a ambos importantes para el futuro de su pueblo. Por lo que, llegado el momento en que el deseo de partir se les instaló en el pecho, la guardia no se lo permitió, y la reina ordenó que se les encerrara en la más alta torre.

»Allí quedaron presos, víctimas de su propia argucia.



## Capítulo 8

### VII

#### La apoteosis del cazador

—Muchos días y muchas noches habrían de sucederse antes de que los cálibes —continuó su relato Parisades—, enemigos de las amazonas, atacaran Temiscira, se hicieran con su fortaleza y los consentidos cautivos fueran al fin rescatados. Cedalión entabló en seguida amistad con los libertadores, porque, al igual que él, eran gentes que se ocupaban de la minería y la labranza de los metales. Ellos les hablaron de un país en los confines del mar donde reinaba Eetes, un hijo del dios sol.

»Siguiendo sus indicaciones, navegaron a través del ponto, siempre hacia levante; y cuando el litoral les impidió el paso, remontaron el río Fasis por una de sus anchas bocas. Junto aquellas sinuosas corrientes, la blanca ciudad de la Cólquida se presentó ante ellos.

»Sus habitantes, pasmados por la asombrosa estatura de aquellos varones, los recibieron con la hospitalidad de Zeus, agasajándolos durante días antes de que su rey los interrogara por el propósito de su viaje.

»Ellos le contaron que eran embajadores de Hefesto y que se dirigían a la morada del brillante Helios al otro lado del mundo. Eetes, que además de ser hijo del dios era también su sacerdote, se adentró en el templo de su padre para invocarlo. Allí se mantuvo encerrado durante toda una noche. Tras lo cual, invitó a los extranjeros a un festín en palacio y, una vez saciadas las ganas de comer y de beber, de esta suerte, les aconsejó:

»—Deberéis atravesar las naciones de los escitas y otras muchas que entre ellos habitan. Los reales, los que labran el campo, y, por último, aquellos escitas que nómadas viven y moran en chozas de mimbre montadas sobre carretas. Tras ellos se extiende el territorio de los isedones, estos festejan a sus muertos devorando sus cuerpos. Aun así, no les temáis pese a sus bárbaras costumbres, son hombres justos y hospitalarios. Si miráis siempre de cara al sol naciente y no os desviáis del camino, llegaréis a las altas serranías, donde habitan las tribus de los calvos, las de pie de cabra y los dorados grifos, aves extraordinarias cuyo porte es el de un águila de gran tamaño, de garras poderosas y afilado pico. Otra cosa os diré para que la guardéis bien en vuestra memoria: procurad no acercaros a los diminutos arimaspos, pueblo mezquino que posee un solo ojo en medio de la frente. Ávidos de oro, cavan la tierra

para conseguirlo, y no dudan en robarlo de los nidos a sus vecinos los grifos. Allí hallarás el reino de mi padre, en el corazón de las heladas cumbres. Allí se esconde su hermoso vergel de verdes prados y abundantes vacas, de ríos cristalinos y frondosas arboledas, de fértiles huertos laborados por varones sin tacha. Allí, en medio del más bello jardín de alto colorido, se eleva su mansión de fachada argéntea. Adentraos en las montañas donde la nieve golpea con fuerza, seguid el vuelo de los grifos hacia levante, allí, siempre hacia levante.

»Los viajeros se quedaron un tiempo con los amables colcos; y Cedalión, en agradecimiento, fabricó para ellos un arado de irrompible metal y dos bueyes articulados de bronce, capaces de arar la dura roca exhalando fuego por los hocicos.

»Orión, anheloso de recuperar la vista, puso sobre sus hombros a su amigo, y emprendieron la larga travesía por tierra.

Parisades hizo una pausa y tomó un largo trago de su copa, y los niños lo miraban con impaciencia. Uno de los más pequeños, al ver que se demoraba, le preguntó con excitación:

—¿Vieron de verdad todo lo que les había predicho el rey Eetes?

—Todo ello y mucho más —le respondió él—. Cruzaron grandes ríos y montañas; franquearon mares interiores y dilatadas llanuras; conocieron gentes extrañas y ciudades dignas de ver, bestias fabulosas, antiguas divinidades... De multitud de cosas se maravillaron, de otras padecieron. Orión precisó de tres días con sus noches para referirse a todas ellas, cuando parose a descansar en Edonia, en su viaje de retorno a la Hélade.

—Y volvió a ver —afirmó uno de los niños.

El anciano ya debía de haberles narrado esta historia en otra ocasión, pues algunos de los más grandes parecían conocerla.

—Cierto —asintió Parisades—. Y a su vida anterior, cazando alimañas, abatiendo fieras. Desde Tesalia hasta Creta, todos los reyes alababan su labor, no así los inmortales. Algunos, celosos de su fama, maquinaron un plan para acabar con él.

»Una mañana, regresando de Quíos, donde se llegó a fin de vengarse de aquellos que en el pasado le privaran de la vista, supo que un enorme escorpión había salido del tenebroso Averno, asolando la Hélade a su paso.

»El diestro cazador, siguiendo la devastación del monstruo, dio con él y, acercando el nervio de su formidable arco hasta el pecho, le disparó una flecha trifurcada. El dardo pegó con fuerza en el caparazón de la bestia sin

atravesarlo.

»Orión, al ver que no conseguía herirlo, empuñó un gran garrote de bronce y madera de acacia; y revestido de una fuerza prodigiosa, reventó la cabeza del escorpión haciendo que sus entrañas se desparramaran por el suelo. Pero justo antes de que aquella abominación exhalara la vida, en un último espasmo, lanzó su terrible aguijón hacia delante, yendo a clavarse en el pecho del soberbio cazador.

»El gigante cayó al suelo, cubriendo su cuerpo gran extensión de tierra, y todo el cosmos se estremeció. Los vecinos de Tanagra, al oír el gran estruendo, buscaron al herido y lo trasladaron a un santuario consagrado a Artemisa que en el lindero se levantaba. Ella, la virgen del arco de plata, percibió la desgracia desde los altos cielos y acudió rauda a socorrer al caído. En su impetuosa carrera, resonaban las flechas sobre sus divinas espaldas.

»Sin embargo, el corrosivo veneno le corría inexorable por las venas. Ya nadie tenía el poder de evitar el destino fatal, ni siquiera aquel al que llamaban Asclepio, el más excelso de los físicos nacidos.

»Mas no por ello sus amigos habrían de olvidarse de él. Artemisa, que lo amaba como a un hermano, no vaciló en convocar a junta a los olímpicos, y a las deidades de la tierra y el mar. Luego de reunirlos, la saetera pidió para él el más alto honor que pueden conceder los altísimos, por todas las cosas buenas que había ejecutado.

»Desde lo más profundo de la gran sala celestial, las ninfas de los bosques dejaron oír su aprobación, a la que los poderosos ríos se les unieron. A continuación, los sátiros aplaudieron también y las marinas nereidas con ellos, las beldades que emplean arcos, el augusto Hefesto, y todos aquellos que lo apreciaban levantaron un gran clamor.

—Decidme, niños, ¿a qué lugar se llevaron a Orión? ¿Dónde se encuentra ahora?

—¡Allí! —exclamaban ellos oteando el cielo, señalando con la punta de sus dedos a un grupo de estrellas de brillo intenso.

—Sí, en el firmamento vive perpetuo —asintió el viejo caudillo—, como premio a su valentía y generosidad.

Los niños, que parecían conocer que ese era el final de la historia, se dispersaron alegres por el campamento, y el anciano vertió su copa sobre las brasas de la hoguera, libó, oró a los dioses y se sentó junto a nosotros.



## VIAJE DE ORIÓN Y EL ENANO CEDALIÓN



## Capítulo 9

### VIII

#### El legado de Alcón

—Perdonad mi ignorancia, padre —me excusé dirigiéndome a Parisades—. La imagen que tenía de vuestro pueblo era la de orgullosos guerreros, sin instruirse en otra disciplina que no fuera el manejo de las armas.

—Los tracios somos una nación de contrastes —me ilustró él—. Muchos siguen a Ares, haciendo de la guerra y la conquista su ocupación. Otros vivimos del pastoreo, adoramos a Apolo y a las musas, y cultivamos la música, la danza y la poesía.

—Mi familia también sirve al dios de la luz —intervino Falero—, pero no por su dominio en la ciencia musical, sino por su condición de flechador.

Me quedé meditando en sus palabras, y me vino a la memoria su habilidad rescatando el ídolo caído y el augurio de la bruja Baba.

—¿El legado de tu padre es el arco Alcón? —le pregunté.

—Alcón es el nombre de mi padre, el arco es su gloria y el legado es mi destreza en su manejo.

Hubo un respetuoso silencio, que le incitó a esclarecer lo que enunciaba:

—Él fue el mejor arquero de Atenas. Cuando yo no era más que un niño, y jugaba confiado junto a un arroyo, una gran serpiente se abalanzó sobre mí, ciñéndome con su cuerpo viscoso con la intención de devorarme. Alcón, que lo vio desde la otra orilla, ejecutó la proeza de aniquilarla a flechazos sin causarme daño alguno.

»Y ya no habría para mi padre nada más señalado en su existencia que instruirme a mí en el manejo del arco. Con todo, después de muchos años de disciplina y esfuerzo, no podía igualar su pericia, y una irrefrenable desazón me consumía por ello.

»Tal fue mi abatimiento que resolví enderezar camino hacia el recinto sagrado de Delfos, a preguntarle al dios sobre este asunto. La pitonisa, lejos de darme una respuesta favorable, profetizó que nunca superaría a

mi padre en el arte de la arquería.

»Aquel día juré que no volvería a tensar una cuerda nunca más. Decidí ejercitarme en el manejo de la lanza y a cambiar las flechas por venablos durante las partidas de caza. Alcón cayó en una profunda decepción, pero él era un hombre de fe, creía que no se debía luchar contra lo dispuesto por los hados, y respetó mi decisión. El tiempo pasó, y yo me forjé mi propio nombre entre los atenienses, al margen de la fama de mi padre.

»Al tercer año, durante la hambruna que sucedió tras la guerra cretense, Butes, el héroe de Cecropia, se presentó en la ciudad. Decía que había fundado un puerto en la costa de Iliria, donde atracaban sus barcos cargados de vino y miel, y precisaba de conductores valerosos que lo transportaran desde allí hasta las urbes del interior. Mi ánimo intrépido me impulsaba a unirme a su expedición, pero no lo haría sin el consentimiento de Alcón. Pues es costumbre entre las gentes civilizadas que los hijos respeten la voluntad de los padres.

»—Es lícito que los varones cobren fama y honor acometiendo audaces empresas —así se expresó al manifestarle yo mis intenciones—, por lo que no me opondré a tu petición. Solo una única condición te impongo: lleva contigo este magnífico arco regalo de las divinidades. Con él conseguí realizar grandes hazañas, mas ahora estoy cercano a la vejez y cada vez me resulta más pesado el tenderlo.

»Respeté el mandato de mi padre y he cargado con el arco Alcón, durante los viajes que Butes me ha encomendado. Pero ni deseé ni precisé de tensarlo, hasta el día de hoy que supimos de la gran necesidad de los parisadios.

—En verdad nos hiciste un gran servicio —agradeció el caudillo—. Os ruego que en esta noche seáis invitados nuestros, como una prueba más de gratitud. Hemos aparejado cómodos lechos de mullidas pieles de oveja junto a las hogueras, que nuestros jóvenes alimentarán hasta que Eos se levante y nos toque la sien con sus rosados dedos.

Nos incorporamos de los bancos, y el mismo Parisades quiso acompañarnos a los tendales.

—Dormid tranquilos, hombres de Atenas —se despidió—. Hay dispuesta una guardia para que vele por la seguridad de todo el campamento.

Las mujeres trajeron aguamanos, y nos asistieron en desnudarnos, asearnos y expulsar de nuestros cuerpos el polvo del camino. Luego fuimos vestidos con ligeras túnicas que olían a hierba recién cortada y nos invitaron a recostarnos en los lechos. Yo no pude alcanzar el sueño, el relato de Falero me conmovía de profundo y me incitaba a manifestarle lo

que mi mente había meditado.

—¿Sabes? —le dije desde la entrada de mi tienda—, yo no sé si algún día llegaré a ser el héroe que mi padre ha sido, pero desearía que él estuviera vivo y me animase a intentarlo.

—Eres muy sabio, Hijo del Río —respondió él—. Yo desprecié el legado de Alcón causándole un profundo dolor. Ahora solo suplico a los dioses que me permitan abrazar sus rodillas antes de que la negra parca se lleve a uno de los dos.



## Capítulo 10

### IX

#### Plantar otro manzano

Cuando desperté y salí de la tienda, la aurora empezaba a bañar con nueva luz la tierra y el bosque. Si bien el silencio aún no había dejado de ejercer su dominio, por lo que hombres y bestias seguían entregados al dulce sueño.

Excepto Parisades, que se hallaba abrazado a un gran roble, plantado junto a la entrada de la necrópolis. Permanecía en sosegada quietud, cerrados los párpados, como percibiendo algo que salía desde el interior del tronco. Aun así, supo de mi presencia y me habló al pasar cerca de él:

—¿Sientes la energía de estos árboles, Hijo del Río? Son los fieles guardianes que velan por el reposo de los que aquí yacen.

—¿Conoces quién soy en realidad? —me sorprendí.

—Se te adivina en el discurso y preclaro caminar. Y Falero, a pesar de sus chanzas y desaires, ejerce de tu protector. Anoche se le veía inquieto durante tu visita a los sagrados túmulos.

—Lo sé, ahora he de regresar y terminar mis votos. ¿Hablarías con él si despierta y advierte mi ausencia de nuevo? —le rogué.

—Vivo para servir —accedió el anciano—. Amigo, permite que te pida algo a cambio. Los parisadios también aspiran a hacer una ofrenda a los manes del lugar. ¿Podrías portarla tú mismo en nuestro nombre?

—La entregaré gustoso al sacerdote, y quiera que ruegue por vuestro pueblo y por... ¿Cuál sería la naturaleza de la plegaria?

—No tenemos adónde ir, Hijo del Río —dijo con la pena del que se sabe en peligro—. Atrás solo queda ceniza y desolación. Y si seguimos adelante, el invierno nos hallará en el camino y seremos consumidos. Este bosque es grato a mi pueblo, tranquilo y seguro como tú afirmaste, y quisiera saber

si los espíritus nos serían propicios si decidiéramos habitar en él.

—Es una sensata petición —le respondí—, me ocuparé de traerte una respuesta que espero te sea favorable.

Una vez más, avancé por la vereda hasta llegar a los dominios del sacerdote. Llevaba conmigo la cesta de Parisades, colmada de frutos secos, pan de cebada, queso agrio y pasteles. Al depositarla en el altar, Agrón la miró reconociendo los alimentos.

—Veo que te haces acompañar por tracios.

—Son gente de paz —me apresuré a decir—, pastores que encontramos en el trayecto huyendo de los saqueadores.

El anciano esbozó una sonrisa y levantó la mano en señal de disculpa.

—No es desdén para con esta gente lo que mis palabras quisieron expresar. Es admiración y debilidad por sus pasteles y golosinas.

—Si los manes a los que sirves les permitieran asentarse aquí, tendrías ofrendas como estas a menudo —le tenté.

Al pronto, aparecieron dos soldados con largas picas entre los túmulos. Aunque yo había sido instruido en diversas formas de combate en mis días de palacio, no llevaba más arma que una pequeña daga colgada en la cintura en aquel momento. La mejor opción era huir. Ahora bien, mi celo me impedía volver atrás y revelar la existencia del campamento, poniendo a todos en peligro. Así que empuñé el arma y me encomendé a los dioses.

—Estos hombres son leales a nuestra casa, Hijo del Río.

El corazón me latió en el pecho con inusitada fuerza al escuchar la voz de mi veneranda madre brotando desde las sombras. Dejé caer la daga y salí corriendo a abrazarla. Sentí sus cálidas manos temblando de la emoción sobre mi espalda, y se me llenó el ánimo de tristeza y alegría por partes iguales.

—Pero icómo...! —me quedé sin palabras, algo que acostumbraba a sucederme en su presencia.

—Agrón nos envió aviso de que acudiste aquí en busca de consejo.

—Mi señora Brisa, la claridad se extiende —apremió uno de los soldados—. Pronto advertirán vuestra ausencia en palacio.

El anciano sacerdote tomó su cayado e hizo un gesto para que le siguiéramos a través de los manzanos. Nos detuvimos junto a un montículo que, por el aspecto de la tierra removida a su alrededor, era de cavado reciente.

—¿Es esta la tumba de mi padre?

—Aquí descansa el héroe Clito, último rey de los enqueleos —respondió Agrón—. Cuando un pastor fallece solo en la montaña sin que otro lo sustituya, sus rebaños se dispersan. Unos son presa de las fieras salvajes, otros mueren de inanición, otros más de frío con la llegada de la invernada. Algunos, los más afortunados, son capturados y marcados, renunciando a sus antiguos dueños.

—Hijo del Río, lo que intentamos decirte —intervino mi madre— es que tú puedes evitar el olvido de Enquele si accedes a soportar la carga de tu padre.

—¿Qué debo hacer? ¿He de quedarme y reinar?

—No —negó el sacerdote—. Lo que se te otorga es el derecho de probar que eres digno. Vete, aprende, y supera las pruebas que los hados determinen. Si a todo esto prevaleces, regresa y ejerce tu soberanía. Mientras tanto, serás un monarca en el exilio y una esperanza para los que aquí permanecemos.

Así dijo el anciano y, conforme a los ritos de los primeros reyes, derramó sobre la tierra dos copas de vino turbio, dos más de leche fresca y otras dos de agua sagrada. Acto seguido, haciendo un surco con el cayado, dejó caer la semilla de la que habría de germinar un nuevo manzano, aquel que iba a simbolizar el curso de mi existencia. Tras la siembra, hizo un gesto a uno de los soldados, y este le entregó el bulto que le colgaba del hombro, retirando la tela que lo envolvía.

Era la espada ceremonial de mi padre, templada en épocas remotas para Macedón el semidiós, con habilidosa maestría por ignotos artífices. Su hermosa empuñadura, tachonada con clavos de oro, tenía repujada la cabeza de un fiero león, cuyos ojos eran dos grandes gemas rojas brillando intensas a la luz matutina. La pulida hoja de doble filo era de un metal azulado, con la que, según se decía, no se podía entablar batalla, pues su visión amedrentaba el temple de los enemigos. A su vaina, de puro marfil, le habían cincelado en el centro una estrella de dieciséis puntas, representando a cada una de las tribus que comandó aquel antiguo caudillo.

La Macedonia había ocupado un lugar de honor en el megarón de palacio. Los líderes de la nación acudían a prestar juramento ante su solemne presencia. Ahora debía marchar al exilio, oculta entre mis pertenencias.

Gustoso, me hubiera cruzado en el pecho su purpúreo tahalí en ese mismo instante, pero aún no poseía la fuerza suficiente para manejar tan poderosa arma. Pronto, muy pronto ambos alcanzaríamos inmensa gloria, batallando junto a los héroes de la Hélade, en el otro confín del mundo.

La ceremonia finalizó con la jura de proteger y restaurar la grandeza del reino cuando fuese convocado para ello. Al regresar a las aras, los soldados volvieron a apremiar a mi madre, y de nuevo se me encogió el corazón y la tristeza me invadió. No obstante, esta vez no hubo lágrimas.

—Hay algo diferente en tus ojos —me dijo ella observándome con dulzura—, ya no eres el niño que salió ayer de palacio. Son pocos los que conocen con certeza el día que se tornaron hombres. Tú ahora ya lo sabes.

—Huye conmigo, madre mía. No tienes por qué permanecer aquí.

—¿Y los que quedan atrás? ¿Nuestros amigos? La retirada de ambos los expondría a la violencia de Emoís —respondió desviando la vista a Agrón y a los escoltas—. Pero arroja de ti la amargura de la despedida, pronto nos volveremos a encontrar, los bienaventurados me lo mostraron anoche en un sueño.

Sus cálidas manos se escurrieron de las mías, hizo una señal a los soldados, y estos comenzaron a caminar por delante de ella. Me quedé mirando mientras se alejaba. Divina entre las mujeres, augusta y veneranda, nunca antes los enqueleos habían honrado tanto a una reina.

El sol se mostraba en su plenitud sobre el horizonte, y yo me resistía a partir. Pues los pensamientos se agitaban en mi mente, y sentía la necesidad de esclarecerlos.

—No soy de su estirpe, ¿verdad? —pregunté al sacerdote contemplando el túmulo del rey.

—No, Clito no te engendró. Pese a ello, te llamó hijo ante los dioses, te quiso y te enseñó mucho, haciendo de ti lo que eres.

—Y me glorío de ello —le repliqué—. Aun así, siento el deseo de saber quién es mi padre.

—No me está permitido revelarlo, pero intuyo que muy pronto lo has de conocer. Márchate ya, tu demora acrecienta los peligros del camino.

—Gracias, Agrón. Eres un buen hombre. Cuida de mi madre hasta mi regreso.

—¡Una cosa más! —gritó el anciano cuando me alejaba—. Dile a ese pueblo de pastores que aquí pueden establecerse, siempre que respeten la santidad del lugar.

Asentí con la cabeza y me adentré entre los manzanos, buscando la vereda que me llevaría al bullicio matinal del campamento.

## Capítulo 11

### **X Nueva patria**

Ninguno de los parisadios permanecía ocioso, todos conocían su cometido y lo cumplían con placer. Algunas mujeres molían cebada; otras, se afanaban en recoger las tiendas. Había hombres disponiendo fuego con leña seca, mientras los más jóvenes llenaban las hidrias en el arroyo. Me acerqué a Parisades. Estaba junto a un improvisado altar, purificando con azufre y agua lustral la copa que empleaba para libar a las divinidades.

—Sois bienvenidos —me apresuré a comunicarle—. Manteneos ocultos de las tribus hostiles y os irá bien. Vuestro ganado, pasteles y golosinas siempre serán bien recibidos en el mercado de Licnido.

El anciano caudillo me besó la frente, los ojos y ambos hombros. acto seguido, comenzó a llamar a todos en voz alta:

—Pueblo querido, acercaos a conocer la buena nueva. Y vosotros que vivís en la ciudad de Atenas de anchas calles, oíd lo que voy a decir y que afirmaré con solemne juramento. Sean testigos primero Zeus, la mesa hospitalaria y la tierra del irreprochable Hijo del Río, el cual ha intercedido por nosotros de forma favorable por mor de que habitemos en este hermoso paraje. Que desde el día de hoy y hasta el fin de los tiempos, la casa de este noble varón tenga en los parisadios fieles aliados. Que los dioses te concedan toda clase de bienes y jamás a esta tu nación le sobrevenga mal alguno.

Gritos de alegría se alzaron en todo el campamento. Las mujeres tracias se aproximaban a besarme las manos y ellos me las estrechaban con exagerado vigor. Los mercaderes sonreían también dejándose contagiar por aquel brote de euforia, aunque no alcanzaban a comprender del todo lo que estaba sucediendo.

Parisades dispersó a la gente mediante un par de palmadas, e invitó a los atenienses y a mí a sentarnos sobre troncos que acercaron a la hoguera, cubriéndolos con piel cruda de buey. Luego, doncellas de la tribu clavaron la carne del sacrificio en asadores, la pusieron al fuego, y nos la sirvieron envuelta en tortas de mijo y cebada.

Allí, en aquella quietud, imaginé un futuro que no me pertenecía: habitando aquel tranquilo rincón del mundo junto a los alegres parisadios, pastoreando, cazando y recibiendo esporádicas visitas de mi veneranda madre. ¿Sería posible renunciar a aquella pesada carga, que en tan breve periodo se había dispuesto para mí?

—Podría acostumbrarme a esta vida —exclamé en alta voz.

—¿El hijo de un rey entre pastores? —replicó Falero con su sorna habitual—. Me gustaría presenciarlo.

—Hermano, ayer se me anunció otro nuevo y muy solemne deber.

Los demás enmudecieron mostrando interés en lo que decía y supe que, si deseaba ganarme su aprecio, debía ser honesto con ellos. De este modo, mientras tomábamos el alimento, les relaté todo lo acontecido en la mañana: la visita de Brisa, la siembra del manzano, y mi promesa de regresar a la tierra patria tras haber ejecutado muchas y penosas tareas. Los mercaderes escucharon con respetuoso silencio. Ya me habían tomado afecto a pesar de haber compartido con ellos poco más que un día y una noche, y ahora les importaba mi suerte.

Falero no nos dejó seguir ociosos y ordenó levantar el campamento. Después de lo cual, intercambiamos regalos con los parisadios, como debe hacerse entre amigos.

Los atenienses repartieron segures y herramientas de bronce, de las que usan los artesanos para sus trabajos con la piel, el cultivo de las mieses y la construcción de edificios. Eran restos de sus mercaderías traídas de la Hélade.

Yo les hice entrega de siete talentos de oro bien labrados, que les ayudaría a comprar material para erigir sus viviendas antes de la estación invernal.

A cambio, los tracios parisadios nos dotaron con mantos de lana y sandalias trabajadas para todos nosotros. Además de una hermosa cítara de siete cuerdas que Museo, uno de los conductores, recogió con entusiasmo.

El caudillo Parisades mandó traer también una tarja alta y pesada, de la altura de un hombre. Tenía cinco boyunas pieles sujetas a un armazón de madera de abeto; y al frente, una última capa de bronce que a pesar de las abolladuras, mella del tiempo y las batallas pasadas, conservaba su brillo y el repujado rostro horrendo de una erinia.

—Este escudo —nos explicó—, que por su tamaño debió de pertenecer a un enorme guerrero, lo encontramos hace muchos años cuando

abandonábamos las llanuras tracias en el peregrinaje a Iliria. Quizás le deis el servicio que nosotros nunca supimos, por nuestra condición de pacíficos pastores.

Tras las amables despedidas, allí quedaron unos, contentos por su nueva patria, y se marcharon los otros, ávidos de regresar a la suya. En cuanto a la mía, atrás quedaba, y me lastimaba el alma el recordarla.



## Capítulo 12

### XI

#### **Puerto inseguro**

En tanto transitábamos por el bosque, nos regocijábamos departiendo en amena conversa. Por el contrario, una vez en el erial, nuestras bocas perdieron las ganas de hablar y ningún otro ruido se dejó oír, solo un riachuelo que serpenteaba junto al camino. Única distracción en aquella vasta y monótona llanura.

—Es tal la desolación que domina este lugar que las montañas lo abandonaron —suspiró mi compañero de banco.

—Nunca estuvieron aquí —le respondí—. El norte del lago debió secarse cuando la tierra era joven, formándose la planicie que ahora atravesamos. Una vez cruzado el río, no tardaremos en regresar al abrigo de las colinas.

El sol se encontraba ya en lo más alto, y nosotros divisamos al fin el puerto fluvial de las negras aguas del Drilón. Enormes balsas solían navegar desde allí transportando mercaderías y pasajeros. Oponiéndose a nosotros, un gran portón se nos presentaba. Hicieron falta dos hombres y mucho esfuerzo para abrirlo. El rey Clito las había mandado construir, la puerta y la empalizada toda, con el propósito de proteger el lugar del asalto de bandidos y tribus hostiles. Mas entonces no hallamos a nadie, ni barqueros, ni barcas en los fondeaderos.

—Un poco más arriba se levanta una aldea de pescadores —sugerí—. Dirijámonos allí a ver si alguien nos pudiera asistir o dar alguna indicación.

Falero se quedó meditando un momento antes de contestar:

—Subiremos tú y yo solos con el primer carro, es el más ligero. Los demás permaneced aquí, cerrad el portón y vigilad la empalizada.

Seguimos el río hacia el norte, buscando el arroyo que habíamos visto discurrir por la llanura. Lo encontramos vertiendo sus aguas no lejos de

las cabañas de los pescadores.

—La aldea está ahí delante —le indiqué—, emplazada en la confluencia de ambos cauces.

—Saquemos el carro a la linde y crucemos el riachuelo a pie, no nos mostremos aún.

Nos movimos por detrás de las viviendas en busca de alguna señal de que todo iba bien, pero no fue así. Aquel pueblo olía a muerte, a sangre y carne quemada.

Al punto, oímos golpes y gritos que procedían de la ribera. Nos arrastramos por la maleza hasta alcanzar con la vista el lugar del tumulto, y desde allí presenciar una perturbadora escena.

Dos tribus rivales apostadas a uno y otro lado del río se enfrentaban amenazándose de forma terrible. En nuestra orilla, guerreros a pecho descubierto, sucios y salvajes alzaban sus venablos y tensaban sus arcos aullando como lobos. Los otros, a su vez, daban potentes gritos marciales, golpeando sus lanzas contra sus escudos. Parecieran dos fieras disputándose una misma presa.

—Hemos llegado tarde —se lamentó Falero.

—Sí, entrambos ejércitos hacen de la ruina y la depredación el propósito de su existencia. A estos de aquí los llaman el pueblo ulc. Son poco más que bestias que moran en las montañas, sin contacto con otros hombres. En épocas pasadas caían sobre viajeros y pequeñas poblaciones, en rápidos asaltos y desmedida violencia. El rey Clito, ante la imposibilidad de entablar pactos de amistad con ellos, decidió exterminarlos, sin conseguirlo del todo. Los otros son briges, asolan las aldeas y capturan a sus habitantes, con la pretensión de venderlos como esclavos a los piratas del norte. Acaso sean los mismos que devastaron las tierras de los parisadios. No es propio que bajen tan al sur.

—Tu padre te instruyó bien, Hijo del Río. Conoces tu reino y la gente que lo habita. Nos hallamos ante una gran dificultad.

—Pluguiera a los dioses que se exterminaran entre ellos, pero no veo más que bravuconería y ninguna intención de iniciar la contienda.

—Cierto —coincidió Falero—. Aquellos se hundirían a causa del peso de sus armaduras si llevaran la ofensiva atravesando el río. Y estos, por la abundancia de mugre que cubre sus cuerpos, no deben de ser muy diestros en combatir en el agua.

—Han dejado de gritar —me alarmé—. ¿Dónde están los salvajes?

A mi compañero se le cambió el semblante, y quedó preso de un ingente abatimiento por la suerte de los suyos.

—¡La caravana! ¡Han descubierto la caravana!

Corrimos de regreso al carro, lo devolvimos a la carretera y deshicimos camino hostigados por la inquietud. Nos detuvimos y apeamos poco antes de llegar al puerto. Allí Falero tomó su arco, y anduvimos agachados, pudiendo observar lo que sucedía sin dejarnos ver. Los ulc atacaban el portón dando espantosos aullidos y los atenienses se defendían tirando piedras desde lo alto de la empalizada.

—No resistirán mucho más —dijo Falero mientras armaba el arco de Alcón.

—Es probable —le contesté—, pero si te enfrentas en solitario en campo abierto solo hallarás la muerte.

Sin embargo, el arquero ya no escuchaba. Estaba fuera de sí con los ojos en ascuas de angustia. Si quería hacerme oír, debía ser más contundente.

—¡Espera y mírame, hermano! ¡¡¡Mírame!!! —le grité cogiéndole de las manos—. Sabes que la zozobra de ver a los tuyos en peligro enturbia tu mente. Recuerda que en el pasado te he dado buenos consejos, y tu ánimo generoso se dejó persuadir. Escúchame ahora lo que en mi pecho mi corazón me dicta. Y si te es grato, ejecutémoslo sin demora y hagamos que ninguno de los nuestros baje hoy al Hades.

## Capítulo 13

### XII

#### Escudo, arco y espada

Nunca antes sentí tal temor. Se me erizaban los cabellos, y abría harto la boca en un intento de exhalar la presión que anidaba en mi pecho y evitar el rechinar de los dientes. En breve, un combate a bronce se iba a entablar, y yo me encontraba allí, entrando en campo enemigo, sujetando fuerte el telamón con mis manos enrojecidas.

Se oyeron ruidos parecidos al trino de golondrinas, Falero había comenzado su ofensiva.

—iiiEspada!!! —Desenvainé a Macedonia y la alcé por encima del escudo, presente del tracio Parisades. El poder de la hoja obró su milagro, ninguno de los salvajes cargó contra nosotros.

—iiiAvanza!!! —Levanté la tarja por encima del suelo, y comencé a andar hacia delante. Sentí la mano de Falero sujetándome el hombro, húmeda y ardiente, sudaba copioso.

—iiiDetente!!! —Ahora los trinos de golondrina se mezclaban con los salvajes aullidos cada vez más potentes. Al polvo de la refriega se le unió el olor a sangre y carne abierta.

—iiiResiste!!! —Fijé firmes los pies a tierra y apoyé el hombro contra la parte trasera del escudo. Flechas, venablos y piedras golpearon la parte delantera, haciendo resonar el bronce y palpar la tarja entera. Pese a ello, nada consiguió atravesarlo, resistió la primera embestida.

—iiiEspada!!! —Falero volvía a disparar sus flechas anunciadoras de dolor y muerte, mientras yo me aseguraba que los enemigos se mantuvieran a distancia. Cuando dejaron de gritar, reuní valor y me asomé desde un costado del armazón. Los ulc, hostigados a causa de las piedras que arrojaban desde las almenas los atenienses, tenían dificultades en cargar sus armas, y en torno a la puerta se desplomaban sus heridos.

—iiiResiste!!! —Gritaba de nuevo el arquero y otra lluvia de proyectiles cayó sobre nosotros, pero esta vez menos intensa y breve en el tiempo.

Tras lo cual, nada. El tumulto de la batalla se había desvanecido. Solo sentía el fuerte respirar de Falero a mi espalda. Al pronto, un estallido de invocaciones a Nike rompió el silencio.

Aparté la tarja, vi a los lobos dispersarse por la llanura, y a los atenienses celebrándolo desde lo alto del muro. Se abrió el portón y corrimos a abrazar a los nuestros. Llorábamos emocionados al conocer que ninguno había sido herido en la contienda.

Empero la alegría sería efímera, alguien dio la voz de alarma desde el interior del puerto. Bajamos todos al río. Allí los hados nos reservaron otra penosa tarea.

Las balsas ausentes regresaban a puerto con espantosa carga, guerreros briges se apiñaban en sus tablas, haciendo brillar el río entero con sus abollonados escudos y sus lanzas codiciosas de carne, largas como nunca las vi, erizadas hacia el cielo. Las balsas, abrumadas por el peso de los soldados y el bronce, emblanquecían el agua a su alrededor, semejando las babas de perros rabiosos.

Falero descolgó su carcaj y derramó las flechas frente a él.

—¡Marchaos! —nos ordenó—. Yo les daré el recibimiento que merecen. Y si acaso llegáis a la ínclita Atenas, id a ver al viejo Alcón, y contadle que fue su arco sagrado el que os salvó de la negra Ker, en manos de un esforzado varón que se gloriaba de ser su hijo.

En ese instante, retornaba el carro de Falero, levantando gran estruendo por la velocidad en que circulaba.

—¡Los salvajes se reagrupan! ¡Cerrad el portón, rápido! —gritó Políctor, que lo conducía. Falero le había enviado a ir en su busca y ponerlo a salvo junto con el resto de la caravana.

—Entonces, que un glorioso fin nos abrace a todos —se despidió el esforzado caudillo reverenciando el arco de su padre al hacerlo.

No tardaron en oírse tremendos golpes detrás de la empalizada, mezclados con los aullidos, y las voces de los briges acercándose por el río se dejaban ya sentir.

Era el sonido de la muerte que se cernía sobre nosotros.

## Capítulo 14

### XIII

#### El Hijo del Río

Pero no se dejó, no, quebrantar la firmeza de mi ánimo. Y en aquel momento, como en otras ocasiones a lo largo de mi vida, una inminente amenaza actuó de combustible, avivando las llamas de mis pensamientos. Pedazos de mi memoria, palabras, imágenes, designios y sentimientos se unieron para alumbrar una verdad que siempre había estado ahí, en el río.

Caminé hacia él y me sumergí hasta la cintura. Su voraginosa corriente me golpeaba con fuerza, produciéndose a mi alrededor una espuma blanca y burbujeante. Los desconcertados atenienses me gritaban que nunca alcanzaría la otra orilla a nado. No era esa mi intención.

Elevé los brazos a la manera del suplicante, y comencé mi plegaria:

—Óyeme, señor del río. Si en verdad eres mi padre y yo soy tu hijo, no dejes que perezca de forma cruel y miserable junto a tus orillas. Acuérdate de Brisa, la más hermosa de las mujeres, acudiendo a tus dominios para ofrecerte pingües sacrificios, y tú, dios poderoso, con el corazón henchido de deseo, te llegaste a ella envolviéndola con tu divino abrazo engendrándome a mí. Concédeme pues lo que te pido. ¡Oh, soberano! No permitas que mi cadáver sea pasto de los peces que habitan tu reino. Ni que mi sangre, sangre de tu sangre, sea derramada sobre tus sagrados remolinos.

Descendí la mirada y vi que las aguas ya no me cubrían la cintura, sino los tobillos. Parecía que algo impidiera al lago drenar su oscura carga. Continué caminando. Políctor, que todavía se hallaba en el carro, lo dirigió hacia el río y marchó junto a mí. Ambos vadeamos sin percances hasta el otro lado.

Al contemplar el milagro, el resto de los hombres no se contuvieron y se lanzaron con los carros al agua, arreando a las bestias y causando gran vocerío. Falero actuaba como el perro de un pastor en medio de su vacada, agitándose impetuoso entre los animales, gritando y asistiendo a

los compañeros.

Para cuando llevaban dos tercios del cauce atravesado, el nivel del agua invirtió su tendencia y comenzó a subir amenazando con devorarnos. Los carros llegaron a la orilla con mucho más esfuerzo en el último tramo, excepto el transporte del pescado, que se había quedado rezagado y ahora no conseguía moverse. Gritamos a Eupálamo, su conductor, que saltara y nadara hasta nosotros, pero él no contestaba, estaba pasmado, con el rostro palidecido observando la carga.

En el ínterin, en la ribera opuesta, el portón de la empalizada acabó cediendo, se derrumbó y cayó al suelo con gran estrépito. Tras lo cual, los salvajes entraron en tropel al puerto, y se aplicaron en disparar sus dardos y piedras contra el desdichado Eupálamo.

Falero organizó una cadena humana, con el propósito de acercar el carro a tierra firme. Nos agarramos unos a otros y tiramos con fuerza, las bestias cedieron a nuestro impulso y comenzaron a nadar. Una vez en la orilla, advertimos que el vagón estaba vacío, todo el pescado se había perdido. Aun de esta suerte, debíamos pensar en salvar a los animales. Atamos retorcidas cuerdas al yugo y el otro extremo al carro de Nérito.

En este punto, un repentino viento se levantó, soplando con inusitada potencia. Acto seguido, oímos un ruido ensordecedor, como el que hace la nieve al desplomarse desde las altas cumbres.

Miramos hacia el sur, y vimos, con asombro y terror, una inmensa montaña de agua y fango que, precipitándose sobre la cuenca del río, arrancaba de raíz los árboles que encontraba a su paso. Ahora era el lago el que parecía verterse por entero.

La carreta de Eupálamo, remolcada por los bueyes de Nérito, consiguió evitar la ola letal y alcanzar la eminencia donde el resto nos hallábamos. No así los salvajes que habían empezado a vadear el río. Ellos, junto con los embarcaderos y la empalizada entera, fueron arrastrados por la ira del dios, yendo a caer encima de las balsas de los desdichados briges, que habían detenido su avance al ver a los ulc en el puerto.

Nos quedamos absortos contemplando el espantoso espectáculo. Los gritos de desesperación de los guerreros eran de golpe silenciados al ser engullidos por las aguas homicidas, a consecuencia del peso de sus armaduras. Los salvajes, en cambio, zarandeados por las olas de sombría cima, se golpeaban una y otra vez contra los troncos y cascotes que flotaban en el fango, haciendo más larga su agonía.

El hinchado río mugía como un toro, escupiendo escombros y desfigurados cadáveres sobres sus márgenes. Y cuando ya no quedaban más vidas que arrebatarse, entonces y solo entonces, bajaron las aguas, dejando una

grotesca escena de desolación y muerte en ambas orillas.

No me avergüenza confesar que al igual que a mis compañeros me flaquearon las piernas, cayendo todos de rodillas exhaustos y amedrentados.



## Capítulo 15

### XIV

#### Altar

Eupálamo fue el primero en recuperar el vigor en el pecho, pues era el conductor de más larga experiencia y el menos impresionable de todos. Este se adelantó y, encarándose a los demás, su parecer transmitió:

—Amigos, todos me conocéis, y sabéis de la sensatez de mi ánimo y lo prudente de mi espíritu. Ni soy famoso por mi devoción a los dioses, ni mis juicios se someten a la engañosa imaginación. Mas hoy he vivido una maravilla que jamás creí pudiera realizarse. Y no me refiero a la crecida del caudal, la cual sería posible buscarle una explicación razonable, sino a la que os voy a relatar ahora mismo; y al escucharla, coincidiréis conmigo en que hemos asistido a un glorioso momento.

»Este habría de acontecer en el río cuando se abrió, ofreciéndonos una ocasión para la fuga, y todos nos adentramos en su lecho. Si a vosotros os resultó fácil y liviano transitarlo, para mí no lo fue de la misma manera. Desde que penetraron en las aguas las ruedas de mi carreta, esta se hizo pesada, y se sacudía y estremecía de continuo. Luego que se produjera el rebufo del cauce, el vehículo se meneaba entero, espuma abundante se formó a mi alrededor y los animales ya no obedecían.

»Yo, temiendo que los ulc me dieran alcance, me di la vuelta, entonces padecieron mis ojos de estupor al contemplar el origen de todos los sucesos.

»Eran los peces, que en fardos bien atados en mi vagón transportaba, que habían cobrado vida y escapaban hacia lo profundo. No fue hasta que el último de ellos saliera nadando que se desclavara la carreta y volviera a obedecer mi gobierno.

»Mi corazón me dice que he visto el poder de un dios reclamando a los súbditos de su reino, aquellos que pretendíamos llevarnos por la fuerza. Por esta razón, os propongo que no abandonemos este río colérico sin haberle levantado un altar, y apaciguado con plegarias y sacrificios.

De este modo testificó Eupálamo en lo tocante a su incidente. Enseguida, se adelantó Falero con la intención de replicarle:

—No me agrada, hermano, cuanto acabas de proponer y te invito a meditarlo. Hoy hemos combatido a aquellos que buscaban nuestra perdición y enfrentado a portentos que han arrastrado a nuestros enemigos a la boca de los infiernos. También ahora sabemos del prodigio que tú solo has visto y padecido, así y todo, no por ello dejamos de creerlo. Que cada cual prometa en su corazón cuantiosos sacrificios y perfectas hecatombes a este río y a los númenes protectores si conseguimos regresar a la divina Atenas. Pero sabed que la muerte nos persigue, y temo que nos vaya a encontrar. Ea, pongamos en marcha la caravana, salgamos de esta pernicioso llanura cuanto antes, no sea que nos sorprenda aquí la oscuridad y otras tribus hostiles pretendan agredirnos. Que ya habrá tiempo de descansar y maravillarnos de lo ocurrido.

Tras haber hablado en estos términos, subióse al carro de un salto conminándonos para que hiciéramos lo mismo, arreó a los animales y reanudamos el éxodo hacia el ocaso. Cuando no llevábamos recorrida la distancia que alcanza el grito de un hombre, otro obstáculo nos obligó a detenernos.

Eran las aguas de un torrente de rápidos remolinos, que amenazaba con tragarse las carretas si osábamos circular sobre su cauce. Este discurría hacia el norte, retornando a la cuenca del Drilón por encima de la aldea de pescadores. Allí debían de confluír ambos, por lo que no había por dónde cruzar si lo seguíamos.

Falero desvió la vista hacia mí, a la espera de que le indicara cómo sortearlo.

—Nunca antes vi ni supe de este otro río —me apresuré a decir—. Quizás se trate de una corriente subterránea, de las que emergen un tramo tan solo en ciertas épocas. Remontemos su ribera hacia el lago, y en breve daremos con su fuente.

La caravana viró como yo sugerí. Mas no hallamos ninguna fuente, sino un pronunciado meandro que giraba hacia atrás, subía y de nuevo se acoplaba con el negro Drilón. El río había creado allí un segundo apéndice, poco antes de entrar en el puerto de la empalizada.

Mi compañero expuso sus pensamientos en alta voz, pues no parecía que a mí se dirigiera, y enunciaba el apuro muy abatido:

—El Drilón se separa en dos brazos, que vuelven a unirse más adelante, y

nosotros estamos en medio, presos en su isla.

—Ya os lo advertí —se oyó gritar a Eupálamo desde atrás—. Es el dios cerrándonos el paso por no rendirle los honores debidos. Aún es posible remediarlo.

Los demás también nos observaban, esperando una respuesta favorable a la sugerencia del viejo conductor. Y la potestad de Falero se dejó persuadir.

Amontonamos guijarros del río alrededor de una blanca y pulida roca que sobresalía de la arena; la coronamos con follaje de tamarisco que, yo junto con Nérito, el más joven de los atenienses, nos habíamos aplicado en reunir; y fue Museo quien con gran habilidad llevara el fuego a la pira, rozando dos oscuras piedras que extrajo de su morral.

Eupálamo se ocupó de los ritos. Al carecer de animales para el sacrificio, esparció granos de cebada sobre el altar y la grasa de una urna de bronce que transportaban entre los víveres. Todo lo regó con agua lustral y vino por partes iguales, alzó la copa, bebió, y regueros de la mezcla escaparon por los costados de su boca, tiñendo de rojo su barba canosa.

—Apiádate, señor. Permite que salgamos de tus dominios con la ambición de expandir tu grandeza lejos, en la ciudad que habitamos. Nosotros, que nos proclamamos devotos tuyos, allí te levantaremos un templo con altares perfumados y te haremos ofrendas todas las estaciones del año.

Habiendo orado así, dio el grito ritual y el río atendió a su ruego, suavizó al momento su curso y contuvo su oleaje.

## Capítulo 16

### XV

#### Vestidos de bronce y cuero

Continuamos siguiendo la travesía del sol, evitando el camino principal que quebraba hacia el lago. Era una zona pantanosa, con pequeños estanques aquí y allá salpicando el terreno. A Falero se le adivinaba inquieto, miraba de un lado al otro sin dar tregua a la cautela, y no recobró el habla hasta que alcanzamos el final de la llanura. Delante comenzaba el bosque y más allá las montañas, mostrándose orgullosas entre las blandas nubes.

—¿Podemos llegar al paso de Candavia desde aquí? —me interrogó.

—Al sur hay una collada que conecta con esa ruta.

Él levantó el brazo por respuesta, apuntando hacia el Mediodía, y toda la caravana comenzó a virar siguiendo la senda junto a la arboleda. Detrás, alguien entonaba una canción. Falero observó mi pasmado rostro y se sonrió.

—Es Museo. Antes de ejercer de mercader, fue aedo, mas no consiguió hacer de ello su oficio y ahora nos castiga a nosotros con sus horribles chillidos.

En modo alguno era Museo lo que describía Falero, ni un ignorante de la ciencia musical. Sacaba armonías de las siete notas del canto, y tocaba virtuoso la lira que le regalara el tracio Parisades, colocando los dedos sobre el plectro de marfil. Su canción tratábase del regreso al hogar, navegando a través del embravecido ponto, llevando la bodega cargada de tesoros y el alma de felices sentimientos.

La alegría del músico mercader nos regocijó el ánimo a todos, se oyó de nuevo a los hombres conversar, reír y bromear. Creíamos que los trabajos de aquel día habían terminado, pero aún quedaba otra penosa prueba que superar.

La lumbre de Helios comenzaba su inevitable extinción, impidiéndonos advertir el peligro que nos cercaba. Docenas de soldados nos salieron al

paso en la boca de la garganta. No lo dudé, di un salto y me tumbé veloz en la parte trasera del carro.

—¡No! ¡Por Hermes, protector de los caminantes, no nos lastiméis! —se apresuró a suplicar Falero—. Carecemos de armas.

—Reprime tu temor, viajero —respondió el portador de los emblemas—. Somos guardias al servicio del gobernador Emoís, patrullando en busca de un fugitivo. ¿Quiénes sois, que en la oscuridad de la noche transitáis por sus dominios? Manifestadlo para que me quede bien enterado.

—Tan solo humildes comerciantes que regresan al hogar con el fruto de sus transacciones, después de pasar el verano en la brillantísima Licnido.

—En tal caso, es a vosotros a quien reclama el gobernador. Debéis acompañarnos a la ciudad, ya de buen grado, ya por delante de las lanzas.

—Pero ¿bajo qué acusación?

—La de amparar o haber amparado a un traidor.

—¡Yo no soy un traidor! —repliqué alzando la voz y saltando a tierra.

Llevaba la Macedonia en la mano, lo que puso en guardia a los soldados. El temor se había apoderado de mi espíritu, debía ocultarlo o acabaría empalado por docenas de lanzas. Mi tarea era la de suplicar al capitán por nuestras vidas.

—Eres Arrabeo, señor de Linkesta. Por mi padre conozco de ti, y por el día que llegaste a palacio a jurarle lealtad sobre esta sagrada hoja —afirmé moviendo la espada en alto—. Él te describió como un hombre de honor, esforzado y honesto. Ningún mortal que pensara con prudencia pondría en reproche su bravura, me decía.

El poder intimidatorio de la Macedonia me permitió seguir hablando, ignoraba por cuánto tiempo, siempre menor en aquellos que descollaban en voluntad de carácter. No debía demorarme más en mi discurso.

—Tal como yo lo veo, puedes entregarme a Emoís, el cual me otorgará una muerte cruel, por el único crimen de llamarme hijo de un magnánimo varón. O, por el contrario, dejarme marchar al exilio, y honrar la memoria de aquel que se preciaba de ser tu amigo.

El caudillo se quedó en silencio, vacilando entre la adopción de uno de estos dos pareceres. Necesitaba un impulso más, y Falero salió en mi

favor:

—Señor, los bienaventurados dioses no se complacen en las obras perversas, sino que honran la justicia y las acciones sensatas de los mortales.

Arrabeo hizo un gesto con el brazo y sus hombres descansaron las lanzas. No vacilé, comencé a andar sujetándome fuerte al puño de la espada. Los soldados se apartaban a mi paso, haciendo resonar sus uniformes de Bronce y cuero. Nunca me habían parecido tan temibles.

Oí las ruedas de los carros ponerse a girar tras de mí. Seguí caminando por aquel interminable bosque de enhiestas picas, temblándome las carnes y con la voz pegada a la garganta, esperando que en cualquier momento me golpearan e impidieran mi avance. En cambio, fue la voz de Falero la que al final me detuvo:

—Ya puedes parar, Hijo del Río. Lo has hecho bien.

Cobré ánimo y miré hacia atrás, y vi que los soldados habían desaparecido. Al punto, me flaquearon las rodillas y una oscuridad me cubrió los ojos.

Algo ardiente y amargo corrió por mi garganta haciéndome toser.

—Con calma, muchacho. Ha sido muy larga la jornada.

Abrí los párpados y vi que era el viejo Eupálamo quien hablaba. Me había hecho sorber vino caliente de un cazo, trayéndome de vuelta al mundo de los vivos. Me encontraba tumbado junto a una hoguera, sentados los mercaderes en derredor, comiendo y bebiendo con la serenidad pintada en sus semblantes.

Respiré. Habíamos vencido al mal albur.

Falero al percatarse que me hallaba despierto me habló.

—¿Cómo te encuentras?

—Hambriento... y... sediento.

—En eso puedo ayudarte —se alegró ofreciéndome la cena en una canastilla.

Comencé a tomar el alimento con avidez, pero entonces reparé en Macedonia. E inquieto, miré a un lado y al otro.

—¿Es esto lo que reclaman tus ojos? —me preguntó acercándose la espada.

La tomé y acaricié su empuñadura, su tacto me tranquilizó.

—Magnífica hoja, ¿tiene nombre?

—Mi padre, el soberano Clito —precisé—, la llamaba Macedonia porque perteneció a Macedón, el nacido de Zeus.

—En verdad posees un gran tesoro, Hijo del Río.

—No, no me pertenece a mí. Yo tan solo soy su protector.

—Protector de Macedonia —proclamó con exagerada solemnidad—, otro epíteto más que añadir al de rey, semidiós y guía de caravanas.

—Conduciros hasta aquí ha sido mi última labor como guía, más allá de esta garganta temo que sea de escasa utilidad.

—No te hagas de menos, muchacho —me replicó Falero—. Ha sido la agudeza de tu ingenio la que hoy nos ha salvado de la ruina. Mucho han de horadar las ruedas de nuestros carros antes de alcanzar el puerto de Butea. Ten por seguro que seguiremos requiriendo de tu resolutivo proceder.

Museo, que tañía la cítara parisadia, ensayando acordes de una nueva canción, intervino:

—Recréate los oídos, Hijo del Río. No es frecuente que nuestro áspero capataz halague con lisonjas a uno de los suyos. Yo, por mi parte, me avendré a loar la gloria de los héroes.

—Museo —le respondió Falero—, te halagaré a ti también, si es lo que anhela tu corazón. Tú nos proporcionas un gran servicio, espantando a las bestias y las aves de rapiña con tus estridentes sonidos.

Una risa incontenible se apoderó de todos nosotros, excepto de Museo, que quedó serio y cabizbajo, apartando el instrumento a un lado. Así que Falero lo advirtió, escanció vino en una copa, ofreciéndosela con amables

disculpas:

—En verdad que no estuve nada comedido, no quisiera que por ello se afligiera tu alma. Que no es decoroso ofender a un amado de las musas, pues de ellos fluyen suaves las palabras cuando alaban y perpetúan las gestas de los antiguos.

Museo aceptó la copa, pero aún seguía dolido, con la tristeza de un niño al cual han reprendido siendo inocente.

—Ea, cuéntanos esta noche de cómo Cadmo fundó Tebas Cadmea —le exhortó Falero—. Tú que viviste en el pasado tras sus formidables murallas, que, según dicen, fue un guitarrista quien las levantó con sus melodías. Nuestro hermano Hijo del Río, aquí presente, tiene intención de solicitar asilo a sus moradores, y no me parece sensato que comparezca ante ellos sin conocer nada de su tradición.

Al aedo se le iluminó la cara, tomó la lira y comenzó a tañerla buscando inspiración. Y esto fue lo que recitó:





**RIO DRILON**

**NECROPOLIS  
DE AGRON**

**IDOLO CAIDO**

**BRUJA  
BABA**

**LLUVIA DE  
PIEDRAS**

**SOLDADOS  
DE ARRABEO**

**LICNIDO**

**CANTO DE LA  
FUNDACION DE  
TEBAS**

## Capítulo 17

### XVI

#### El peregrinar de los tirios

En el remoto reino de Sidonia, junto a la populosa ciudad de Tiro, habitaba un monarca opulento que imperaba sobre muchos pueblos. Grandes riquezas llenaban las cámaras de su excelso palacio, cosas extraordinarias, maravillas dignas de ver traídas de todos los rincones de la tierra. Si bien su tesoro más preciado y el que más quería y admiraba por encima de todos no era otro que su hermosísima hija, Europa, la de lindo talle y sonrosadas mejillas. Tan grande era su belleza que el mismísimo Zeus, el padre de los dioses y de los mortales hombres, le fijó la mirada y un incontenible deseo se apoderó de su pecho.

Tenía el rey un numeroso rebaño de vacas en un florido prado, donde Europa y sus doncellas gustaban de recoger rosas, azafrán, olorosas violetas, espadillas, jacinto, y aquel narciso que la tierra producía tan hermoso y lozano.

En esta suerte, el artero Zeus maquinó una soberbia artimaña. Mudó de forma semejando un toro blanco, inmaculado, de retorcidos cuernos, y se mezcló con la parda vacada. Así que lo vieron las risueñas muchachas, se llegaron hasta él para admirar de cerca tan asombrosa apariencia.

Como quiera que el animal pareciera manso, colgáronle guirnaldas de flores, y se incitaban unas a otras a aproximarse más y acariciarle el suave pelaje en alegre algarabía. Quiso la providencia que la divina Europa, embriagada por la risa, alzándose se sentase sobre la dócil bestia, ansiosa por vencer el jubiloso certamen.

El falso toro comenzó a caminar hacia una playa arenosa, ante los suspiros de Europa, que desde lo alto se angustiaba. Al verlo sumergir sus rotatorias patas en las aguas espumosas, la princesa se agarró fuerte a la cornamenta por temor a caer y gritaba asustada a sus compañeras. Ellas, aterradas desde la orilla, la veían alejarse a lomos del transfigurado dios.

Del destino de Europa, a qué lejanas tierras arribaría, y del famosísimo

hijo que concibió del soberano del cielo, yo me acordaré en otro canto.

Inconsolable pesar se apoderó del alma del padre al conocer sobre el rapto de la hija querida. Dejó él de comer y de beber, y a nadie se dirigía ni con palabras ni con acciones.

Había engendrado el monarca tres irreprochables varones, hermanos de la desaparecida, que a él se llegaron por si podían aliviarle la pena.

—Venerable padre, grandes son los pesares que soportamos los mortales, y hemos de aceptar con ánimo paciente. Pues la divinidad te dará esto y te rehusará aquello, según le pluguiere. En cuanto a ti, aún te quedan otros esforzados hijos en tu mansión, que aspiran a suavizar tu dolor. Pídenos lo que quieras, que nada te negaremos.

Muy por el contrario, los príncipes, lejos de confortar el corazón del rey, recibieron el más severo de los mandatos:

—¡Cobardes ingratos! En nada me consuelan vuestras blandas palabras, ni me complace que os halléis en mi presencia. ¿Dónde está vuestra hermana, a la que jurasteis proteger? Cumplid vuestros votos o sucumbiréis ante mi cólera. Escoged una corva nave, de las muchas que hay en el bullicioso puerto, y embarcaos en busca de Europa. Que no os encuentren los guardias vagando por la ciudad, ya porque demoréis la partida, ya porque hayáis regresado sin el encargo cumplido, pues os tratarán como a perros impíos, y de nada ha de servir el egregio linaje del que procedéis.

Forzados por la necesidad, los tres de Tiro acometieron la empresa. Navegaron hacia el norte, preguntando acá y acullá por el bovino raptor de doncellas. Empero, ningún individuo de los que moran las tierras por donde nace Eos habían contemplado tal portento, y no obtuvieron respuesta favorable.

Pronto, ¡oh, veleidoso Fénix!, perdiste toda esperanza y fuiste el primero en rendirte ante la infructuosa tarea. Allí donde abandonaste a tus hermanos queridos fundaste Fenicia junto al reino de tu padre, al que de postrero unirías a tus dominios. Y a ti, Cílix, primogénito del rey, ¿quién te subyugó el espíritu? ¿Quién de los sempiternos o de los mortales hombres te retuvo para siempre en las escarpadas costas de Cilicia? ¡Ah!, ya no llegarás a las remotas corrientes del océano como te vanagloriabas, cuando afirmabas que restituirías a Europa a las faldas de su reverenciada madre.

Pero tú, irrepreensible Cadmo, siendo más joven como eras, no cejaste en tu empeño. Aun teniendo yo diez bocas articuladas de voz, difícil me sería enumerar todas las tierras que tus briosos pies pisaron, los pueblos hospitalarios y justos que te acogieron, las tribus crueles y salvajes que

osaron oponerse a tu determinación. Licia, patria de Apolo y la monstruosa quimera, Lidia, Frigia inmensa, Misia y la Tróade, a donde te dirigiste para cruzar desde allí el voraginoso Helesponto y la Tracia toda.

Y habiendo peregrinado el héroe por las llanuras de Tesalia, cansado y abatido en su miserable vagar, enderezó su camino hacia la sagrada Delfos. Allí franqueó el umbral de piedra, con la voluntad de consultar al oráculo, el único que conocía lo pasado y lo venidero. Pero la pitia le salió al paso, increpándole con estas palabras:

—Hombres necios, desdichadísimos, que estáis ávidos de inquietudes, de grandes pesares y de angustias en vuestro corazón. Extranjeros sin patria y de infecundo propósito. ¡Malditos! ¡Malditos!

La mujer gemía y se lamentaba mesándose los cabellos, postrada delante de Cadmo y sus compañeros. Los sacerdotes, al verlo, gemían también, y los coros de las vírgenes y todos los que allí servían al dios profeta.

—¿Por qué os angustiáis? —se asombró Cadmo—. Ningún mal te ha de venir de mí, ni de los míos. Decidnos cómo debemos proceder, que aquel que obedece a los altísimos es por ellos atendido.

—Oculta a tus ojos este santo recinto y aléjate de nosotros. ¡Malditos!

—¡Malditos! ¡Malditos! —repetía el coro al unísono con voz lastimera, acaso pareciera el eco de la pitonisa.

—Pero ¿adónde iré? —preguntaba Cadmo—. ¿Hallaré a mi hermana, Europa, por la que tantos trabajos hemos padecido los de Tiro?

—¡Márchate!, y no te detengas hasta que descansa la luna. ¡Malditos! —le respondió la pitonisa.

—¡Malditos! ¡Malditos! —repetía el coro.

—No comprendo lo que dices. ¿Cómo daré con ese lugar?

—Todas las cosas te han sido reveladas, guárdalas en tu mente. ¡Malditos!

—¡Malditos! ¡Malditos!



# LA TRAVESIA DE CADMO

## Capítulo 18

### LA VACA DE LA VACA LUNA



### XVII

#### Vaca Luna

Los contrariados viajeros, comprendiendo que ya no obtendrían más respuestas, decidieron obedecer sin demora. Vendáronse los ojos, se cogieron de las manos y deambularon entre las calles de la sacra ciudad. Hasta que, por azar, cruzaron la puerta que miraba al sur, hacia la fértil Beocia. Y alejándose por el paisaje, cumplieron de este modo el primer mandato del oráculo.

Por lo que respecta al segundo, resolvieron unirse en consejo para ver si entre todos arrojaban algo de luz a las aladas palabras de la anciana pitonisa. Sentados en redondel sobre la hierba, en medio de una pradera, se entregaron a sus deliberaciones. Al punto, sintieron cómo gemía la tierra por debajo. Eran los copiosos rebaños del rey Pelagonte, que salían de los establos haciendo retumbar el suelo bajo sus patas. Pronto inundaron el valle entero, mugían, balaban y relinchaban según su condición. A ellos, sobrecogidos, les parecía que el mundo llegaba a su fin, y se aferraban unos a otros a la espera de perecer pisoteados por la

ensordecidora estampida. Pero las bestias desviaban el rumbo formando una circular isla, allí donde Cadmo y los suyos se encontraban.

La hora de la suelta terminó y dejaron de llegar animales. Los últimos se alejaban ya hacia los verdes pastos y el silencio regresaba al valle. Cuando creían pasado todo el ganado, una mugidora vaca se presentó ante ellos, metiéndose en el interior del círculo.

—¡Luna! ¡Luna! —se oyó gritar a lo lejos.

Era uno de los boyeros, que venía en busca de la rezagada. Se acercó hasta los tirios y los saludó con la diestra.

—Salud, pastor —le dijo el divino Cadmo—. Qué nombre tan idóneo para una vaca mostrenca. Esa marca lunar de su rostro es admirable de ver. ¿Tendrías a bien comerciarla? Te pagaríamos tres talentos de oro.

—Estaría encantado de deshacerme de ella. Mas no sería prudente ni justo ocultaros nada sobre esta desventurada, que nunca atiende a razones, se separa de la manada a su antojo, salta el cercado y anda de acá para allá. Pareciera un espíritu de esos que cabriolan por el Parnaso haciendo sonar el camarillo.

Cadmo se incorporó y le puso el oro en la mano al pastor, y a este se le alegró el corazón.

—Eres un hombre piadoso. Que los bienaventurados te recompensen por ello. Ve tranquilo, que nosotros por nuestra parte nada te hemos de reclamar.

El uno se fue contento por el ventajoso trato. Y los otros quedaron maravillados al ver cómo todo se iba cumpliendo según lo dispuesto por los hados.

Luna, la vaca errante, inició su lento peregrinar hacia el este, a través de las umbrías cumbres del Helicón y sus valles poblados de árboles. A continuación, un sendero pedregoso la llevó junto a la ribera del lago Copais, cruzando las llanuras del Ténero y Aonia. Dos días la habían estado siguiendo los de Tiro. Sin tregua, sin reposo, sin rendirse a la debilidad. Cuando el sol completó su carrera por vez tercera, y las tinieblas se extendían de nuevo cubriendo la tierra, a la vaca le cedieron los miembros, quedando su abultado cuerpo tendido sobre la hierba. Y ellos se alegraron de poner término a su penoso caminar.

—Ea, dispongamos un magnífico banquete y hagamos sacrificios propiciatorios a las divinidades. A ver si alguna se aviene a levantarnos

esta maldición que nos pesa tanto.

De esta suerte, se expresó el ilustre Cadmo y los demás obedecieron solícitos.

Mientras unos aparejaban la cena, otros prendían la lumbre, y unos terceros fueron en busca de agua a una fuente que allí cerca cristalina fluía. ¡Insensatos! Sin saberlo, eran impelidos por el hado, que a la negra muerte los arrastraba. Un abominable dragón, siervo de Ares, se abalanzó sobre ellos cuando arrimaban sus recipientes al sagrado manantial.

Cadmo, de corazón bravo, alertado por los gritos de desesperación, presentose en el lugar blandiendo su larga pica. Al encontrarse con el monstruo devorando a placer los cuerpos palpitantes de sus desdichados compañeros, una terrible cólera se apoderó de él.

Con un potente grito guerrero, le atravesó con la lanza el ojo derecho, saliendo la broncínea punta por el izquierdo. El monstruo, cegado como estaba, seguía dando brincos mientras rugía de forma aterradora. No se detendría ahí la llama devoradora de Cadmo, sino que cogiendo una pesada piedra, la cual dos varones de los actuales no podrían transportar, pues así era su vigor, la descargó enérgico en lo alto de la cabeza del dragón, rompiéndole los huesos del cráneo.

—¡Ahora púdrete ahí en el suelo! —le espetó al cadáver de la bestia—. ¡Que ya no serás funesta perdición para los hombres!

Un halo de gloria envolvía su gallarda presencia. Soberbio y orgulloso, ordenaba a su séquito que dieran sepultura a los caídos, y acto seguido iniciaran el festín. Caudillo de voluntad de hierro, ni las fatigas ni las adversidades conseguían doblegar la firmeza de tu espíritu.



## Capítulo 19

### XVIII

#### La fundación de Tebas

Tanta nobleza y empuje no pasaron desapercibidos a la sacra potestad de los moradores del cielo. Ellos, reunidos en asamblea, deliberaban sobre el destino del héroe. Atenea, siempre defensora de los justos, se lamentaba despidiendo hondos suspiros:

—He aquí un hombre valiente y de regio proceder al que los dioses repudiamos a causa de su obstinada búsqueda, contraria a los designios de Zeus. Ahora perecerá sin haber ejecutado grandes obras que perduren en el tiempo y sean beneficiosas para las futuras generaciones, como corresponde a los varones excepcionales.

El rey de los olímpicos arqueó las cejas en señal de clausura, desde el más alto de los doce tronos. Las otras divinidades callaron, y él declaró su inmutable decisión:

—No me opongo a que socorras al mortal si cesa ya de su propósito y funda una ciudad dotándola de templos que nos sean gratos. Yo mismo le compensaría con una consorte digna de un dios, en nada inferior a su añorada hermana, ni en gracia, ni en belleza, ni en juicio ni en habilidad.

Disolviose el consejo divino, y Atenea puso sobre sus espaldas la formidable égida, bastión infranqueable que antes colgara del fuerte brazo de su padre. Asió su lanza de punta trifurcada, forjada por los cíclopes, con la cual ella destruye falanges enteras de guerreros y cualquiera que excite la cólera del largovidente Zeus. Por último, cubriose la testa con un casco de oro de doble cimera y, precipitándose desde las regiones etéreas, fue a parar a donde Cadmo dormía, junto a las corrientes del Ismeno. Se detuvo en su cabeza en forma de sueño, y se le anunció de esta manera:

—¿Duermes, hijo del arrogante Agénor? Pérfido insaciable, rey devorador de su pueblo. ¿Cuántos trabajos y calamidades has sufrido a consecuencia de tan odioso progenitor? Ea, relaja ya tu fatigado corazón, porque yo

vengo de parte de otro padre, que sí te ama y tiene un plan para ti.

Habiéndose manifestado con estas afectuosas palabras, Atenea agitó el escudo y una populosa urbe apareció ante los ojos del errabundo Cadmo. Lujosas mansiones se levantaban orgullosas en sus anchas calles y una altísima muralla de siete puertas doradas la circundaba. Sus habitantes, gozosos, hacían libaciones a los celestiales protectores, y se congratulaban unos a otros en el ágora y el mercado.

La diosa de ojos de lechuza volvió a sacudir la magnífica égida y puso fin a la visión.

—Una última cosa te diré, que deberás guardar bien en tu memoria. No sea que te sobrevenga el olvido cuando el dulce sueño se ausente. La horrenda sierpe te privó de paladines que te asistan en tus obras futuras. Entierra los dientes de esa perra homicida y verás cuán grande será tu compensación.

Al despertar el divino Cadmo, acordose de las instrucciones de la diosa, se dirigió a donde yacía el cuerpo del dragón y, golpeándole las fauces con piedras, le arrancó todos los ensangrentados dientes. Acto seguido, los diseminó en unos surcos que había labrado en la madre tierra, hiriéndola con la aguda espada. La lumbre del sol calentó la siembra y la negra noche la humedeció. Y al surgir la aurora del océano para restablecer la luz a los mortales, el portento se hizo visible.

Un ejército de formidables guerreros surgía del barro. Enormes, musculosos, de mirada terrible, armados con rodela y lanzas de marfil. Cadmo, temiendo por los suyos, les ordenó que se ocultasen en la gruta del dragón, junto a la fuente Castalia. Él, desde lo alto, hostigaba a los gigantes tirándoles piedras para probarlos. Estos comenzaron a culparse unos a otros y, enardecidos, se provocaban chocándose los óseos escudos.

La funesta batalla no se hizo esperar y las lanzas probaron el sabor de la carne. Furibundos, juntábanse los gritos de dolor de los que caían y agonizaban con los vítores de los triunfadores. Luego, los que quedaban en pie volvían a inmolarse, y así de continuo hasta que todos quedaron tendidos y ensangrentados sobre la tierra que los alumbró.

El preclaro Cadmo acercose a la carnicería y, viendo que algunos todavía respiraban, avisó a los tirios para que los auxiliaran. Él mismo les curó las heridas con hierbas medicinales, presente de un sabio centauro al que conoció a su paso por Tesalia.

Cinco fueron los supervivientes, los llamados espartos, fieles adalides de la regia Cadmea, urbe que levantaron por mandato de Cadmo, su bien amado caudillo. Para él erigieron un espléndido palacio de roca

pulimentada y pórticos con columnas de mármol.

Las divinidades olímpicas amaron mucho esta ciudad, venían a menudo a visitar sus ricos santuarios y a su rey, con el cual entablaron fuertes lazos de amistad. A su debido tiempo, Zeus, complacido, entregó la doncella prometida. No una mortal de las que se sustentan de grano, sino de naturaleza divina. Harmonía, que descollaba por su gracia y su belleza, subió a la tribuna nupcial dotada de los más exquisitos presentes, valiosísimos obsequios que trajeran los habitantes del sagrado Olimpo. A saber:

Hermes, el heraldo de Zeus, concedió un cetro repujado con arte, con el que Cadmo y sus descendientes administrarían justicia por muchas generaciones.

Ares, señor de la guerra y padre de la novia, una lanza de fresno de diez codos.

Apolo regaló un pulido arco adornado con anillos de brillante metal.

Hefesto colocó en la cabeza de Harmonía una corona con piedras multicolores y ciñó sus sienes con una banda dorada.

Hera, la más poderosa de las féminas deidades, mandó fabricar un trono labrado en madera noble con incrustaciones de plata y lapislázuli.

Atenea, la de ojos de lechuza, bordó ella misma un primoroso peplo de doce hebillas.

Estas fueron las dádivas más esplendorosas después del famoso collar que Afrodita aportara a la dote de su afamada hija. Era este una majestuosa gargantilla, obra de Hefesto, el dios artífice. Hecha de oro engastado en electro. Tenía la forma de sinuosa serpiente de dos cabezas, una a cada extremo, uniéndose en círculo a un águila dorada, con dos gemas brillantes en sus alas, así como en el lomo de la serpiente, que cambiaban de color según la luz que reflejaran. Y nunca antes ni después se ha visto sobre la tierra una joya de tanta belleza como el collar que lució Harmonía.

—Óyeme bien, Hijo del Río. Cuando te halles ante la Tebas Cadmea, pregunta a sus altivos habitantes dónde sucedieron todas estas cosas maravillosas. En qué sitio descansó la vaca, dónde se apareció Atenea. Diles que te muestren la gruta, la fuente, los restos del desdentado dragón. En qué campo brotaron hombres y sucumbieron en la misma

mañana. Entra en la ciudadela y contrata un guía, de los muchos que hay junto a la puerta Ogigia. Él te llevará hasta el famoso atrio, donde cantaron las musas y Apolo tocó la lira el día en que dioses y cadmeos festejaron unidos el himeneo de los primeros reyes de su venerada patria.

Fin del acto I Macedonia

---

Gracias a ti y a la gente que me ha apoyado, tengo la grata noticia de anunciarte que este primer acto, junto con otros tres que están en proceso de edición, van a ser publicados juntos en un mismo libro en septiembre del 2020.

Si te ha gustado esta primera parte y decides apoyar al autor comprando el libro en una tienda online [Amazón](#), [Corte Ingles...](#) . Dejar tu valoración me ayudaría muchísimo a darme a conocer y poder seguir escribiendo y publicando historias.

Enrique Toro.